Tomás Harris

# CRÓNICAS MARAVILLOSAS



PREMIO casa de las américas 1996

POESÍA

El lector tiene en sus manos un poemario *sui generis*. El texto se inserta en la épica; es la parodia de la épica con tono grotesco que va entrándonos en un mundo alucinante que persigue, cual realidad virtual, hacernos cómplices de las sensaciones producidas por un universo donde lo real y lo no-real se yuxtaponen por la locura asumida como forma de conocimiento y precedimiento de la escritura.

En las *Crónicas maravillosas* aparece la tragedia prefigurada a través de lo cómico como hecho factible mediante la re-creación literaria; el poeta aparece como antihéroe y desde lo lúdrico opone resistencia a la barbarie de la civilización. En la parafernalia de ese entorno que intenta devorarnos, intemporal y caótico, sólo los tonos graves del saxo de John Coltrane o la excelencia de Charlie Parker nos mantienen todavía unidos al mundo en que vivimos.

Ilustración de cubierta:
*Artesanías de Chile*
Fotografía: *Rogelio Álvarez Osoria*

Colección Arte de Nuestra
América "Haydee Santamaría"
Casa de las Américas

# CRÓNICAS MARAVILLOSAS

casa / Colcultura

Tomás Harris

1304789

# CRÓNICAS MARAVILLOSAS

PREMIO casa de las américas 1996

POESÍA

# *Los sentidos de la épica*

*Sol a pique, las velas muertas, como cirio derretido en torno a los palos.*

ABEL POSSE: *Los perros del Paraíso*

EL SENTIDO DE LA ÉPICA proviene del Epos, la Empresa. Pero no hay Empresa sin Agon, cuya etimología es la Agonía. El Héroe no es un Héroe si no nace del estado de la agonía. Sin agonía, acuérdate de Santana, Abraxas, cuando comenzabas a empollar tus más frágiles sueños ya destasados, el pájaro no rompe el cascarón. Y no habría huevo, no habría mundo, no habría parición ni aparición ni aparejo. Desde la agonía, el Héroe emprende la empresa, el Epos; pero, ¿quién, qué, rescata al héroe del Agon? ¿La fundación de una ciudad al medio de una estepa? ¿Las prohibiciones de la Furia? ¿La construcción de un puente sobre el río Brooklyn, con romanos, vikingos y celtas y las manos temblorosas de Edgar Poe en la noche despiadada de Baltimore? ¿La construcción del otro puente, el del Biobío de los lagartos venenosos, de las iguanas nocturnas, para concentrar el vértigo en 1956 metros de salto? ¿Una mariposa nocturna negra, invisible, que en sueños se posa en su mano que descansa sobre el pecho desnudo de una mujer? ¿Descubre ahí, el Héroe, que ese pecho podría ser el mundo, el huevo o una letra, una gran letra fluorescente? ¿Descubre, ahí, el agónico que ese muslo era un continente, que ese pubis un monte, que sus vellos, una sabana, que los párpados, briznas? ¿Que el vano de las piernas, un abra? ¿Esa mariposa de sueños le hace descubrir en un cuerpo todo el polen que él aún no ha desparramado sobre ese cuerpo? ¿Ignora que la O es su boca de Ofelia durmiente? ¿Sabe que O es una puta vieja y desdentada, una oquedad en ese deseo? ¿Intuye en su duermevela que la A es

la primera letra, el comienzo de un cuerpo que es un continente y que su viaje al centro de ese cuerpo es el sentido de la Épica?

¿Sabe el Héroe que agonizaba y el porqué de su agonía? ¿Emprenderá la empresa por ese cuerpo dormido? ¿Por erigir una tras otra 9 ciudades al medio de una estepa? ¿O la férrea torre que se alza en los márgenes del Flegetón custodiada por Ctesifone, la espantosa Furia, cuidando el vestíbulo de esa casa de putas del infierno, día y noche, en eterna vigilia, en la posición del loto, ceñido el cuerpo con su manto sangriento de sagrado? ¿Por la mariposa nocturna negra e invisible? ¿Por la revelación de la Furia? ¿Por el muslo, por las pestañas, por el vano entre las piernas, por la O o por la A? ¿Como Fitzcarraldo manchando de Caruso los graznidos de las aves tropicales y las miasmas pútridas de las selvas del primer día de la Creación, en el Mato Grosso en el Perú?

MUY ALTO, APENAS VISIBLE,
UN AVE MARINA
SOBREVUELA EL MAR
CON SUS ALAS INMÓVILES

# *Zumbido de abejas*
# *(Introducción)*

*No estoy dormido ni despierto, y en el ensueño,*
*se mezclan en mi alma lo vivido con lo leído y oído,*
*como corrientes de distinto brillo y color que confluyeran.*

GUSTAV MEYRINK

SUPONGAMOS que me llamo Antonius Block
y que sueño
que juego al ajedrez con la muerte, en un hospital, frente al mar,
a cualquier mar de los 7 que hay en el orbe.
Supongamos que me llamo Antonius Block,
que regreso de las cruzadas,
de las matanzas gloriosas,
y que sueño que juego al ajedrez con la muerte,
en una playa desierta,
en cualquier playa desierta del mundo.
Supongamos que mi nombre es Antonius Block y que
deliro enfebrecido y en mi delirio juego ajedrez con la muerte
en un hospital ojival, en una playa, en cualquier playa del
Mundo,
de cualquier mar del Mundo
y lo que sigue es mi delirio, mi primera pesadilla,
entre los muros herrumbrosos del hospital junto al mar:
Tebas, la de las 7 puertas cancerosas, Guatemala, Argelia,
Ruanda;
todas las ciudades del dolor, regresaron a la cama del Hospital
de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid,
fuera de la puerta del campo,
donde los perros hablan,
esos miserables perros a quienes llaman los perros de Mahudes,
y donde yo yacía con un libro en mis manos,

febril, afásico, encadenado a la pata del catre por órdenes
superiores,
acalambrado por la apomorfina
que crepúsculo del día,
que crepúsculo de la noche,
me inoculaba Ronald Silver el Largo,
el antipsiquiatra del Hospital de la Resurrección,
para acallar lo que decían era delirio
y no al extraer la justicia del Reino de la Metafísica;
así yacía yo, entre la pestilencia que emanaba de los jergones
de los otros, también así, por causas similares,
llamados enfermos del alma
y arrojados también a yacer en la boñiga del engaño,
por gritar hasta la última consecuencia
la verdad de sus causas:
eran mis compañeros de pieza o celda,
que a ello y no a otra cosa se asemejaba el cubículo,
dos de mis mejores capitanes,
el Maestre de Campo Alonso González de Nájera
y Alvar Nuño Cabeza de Vaca,
entre los pocos que sobrevivimos a los pantanos,
la malaria y los manglares;
así yacía, con un libro entre mis manos,
pasando la ensoñación,
enjugando los partidos labios
de mis dos capitanes y amigos,
con el agua que humedecía los muros,
calmando sus murmullos
con palabras de piedad y esperanza
que extraía de mis ensoñaciones
o configuraba entremezclando
las palabras que contenía el único libro
que habían dejado entre mis manos;
si me preguntan qué libro era
debo confesar mi total olvido,

pero era mágico, como todo libro,
un cofre cuyas tapas sólo
se abrían si uno poseía la llave dorada,
era como el cofre rilkeano, se le parecía,
o eran idénticos,
sobre todo en la cerradura,
imponente y sólida como él la describe
en una carta a Liliana,
como esas cerraduras del siglo XVII,
que cubrían toda tapadera de un arcón,
con toda clase de pestillos, pezuñas, barras y palancas, con sus
palabras,
mientras una sola y suave llave
retiraba todo ese aparato defensivo
de su centro más exacto;
pero la llave no actúa sola, recuerda Rilke,
y continúa recordándole a Liliana
que los orificios de las cerraduras de
esos cofres suelen estar ocultos
bajo un botón o una lengüecilla,
los cuales, a su vez, no obedecen más
que a una presión secreta;
sí, recuerdo que no recuerdo el título del libro
y este olvido no se me aparece como un obstáculo,
más bien como un amplio lago magenta,
manso,
una posibilidad de entrada,
de baño del recuerdo por su
propia voluntad, ahora cegado, y lo acepto;
no recuerdo a su autor, pero un relato había sido escrito
en colaboración con Harry Houdini,
y su primera frase era
"El misterio atrae al misterio",
y la ciudad donde transcurría el relato,
El Cairo; y El Cairo y el relato,

poco a poco, iba tornándose vertiginosa mi lectura,
mientras el *Nostromo* surcaba el cielo
desparramando cuajarones de sangre fresca,
El Cairo y las palabras se unían *de profundis* en sus páginas,
aleteaban como aves de distintas formas en las páginas,
haciendo cada vez más y más veloz
mi lectura y el relato, y así,
esta velocidad hacía que desapareciera
mi cama y el hospital
y los lejanos ruidos de la ciudad de Valladolid,
bocinas, automóviles,
gritos lejanos, no sé bien si de júbilo o terror,
pero el relato
iba ya años luz poblando el cosmos de las páginas,
rápido, muy rápido,
presto, fascinante,
raudo como los 7 leprosos,
como los 7 gorilas albinos,
como el último deseo de Baudelaire,
como el Golem, oculto en su casulla de destrucción,
impetuoso hacia el vértigo de la Cordillera Verde,
del Océano de Cipreses Grises,
del Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos,
tanto, que me hicieron olvidar
el ruido de un insecto, abeja o mosca,
que golpeaba en los cristales de la ventana,
buscando el aire,
el verano;
algo así como el saxo de John Coltrane,
el santo soplador de la sombra en *Assension*,
y yo me iba con él,
en una dorada ascensión,
protegido por la armadura de mi cráneo, también dorada,
como el saxo del soplador del deseo;
relampagueantes, eran ya relato y soplido,

palabra y sonido, donde yo iba por las callejuelas estrechas,
empedradas de El Cairo, mis ropas eran todas las ropas
que alguna vez me habían cubierto,
un palimpsesto de harapos sobre harapos,
ahora harapos del tiempo
superpuestos a mi cuerpo, a mi cuero,
y un olor a aceite de perro
que me entraba por las fosas nasales,
una acre fetidez a aceite de perro
hirviendo en una caldera, una caldera donde yo también
hervía, en El Cairo,
en sus callejuelas que serpenteaban como ofidios
despellejados al que una mano cruel los había rociado de sal,
y yo iba descalzo por sobre
esas calles de adoquines despellejados vivos
de El Cairo,
pisando los cuernos de la luna
hechas de esas piedras resbaladizas y escamosas,
como la única virgen posible,
la de cartón piedra perdida y sollozante en las callejuelas latientes
de El Cairo, una virgen albísima,
cuyo blanco pelo estaba impregnado
de todas las formas del alcohol,
vino, whisky, tequila, ron, vodka, pipeño bigoteado,
una virgen borrachísima y replicante,
afirmada contra la pared de una casa de El Cairo,
una virgen casi niña, a la cual tuve que dejar atrás,
pues yo iba en busca de las pirámides,
iba conducido por un grupo de 7 árabes harapientos,
iba hacia la sagrada meseta rocosa
donde se elevan las pirámides,
construidas donde se erigió la desaparecida ciudad de Menfis.
Las ciudades, esos edificios inamovibles bajo el tiempo,
edificios de múltiples pisos donde deambulan las sombras
de los que ya no pueden proyectar sombra sobre muro

alguno de las ciudades encontradas en bajorrelieves
sobre el gran museo redondo del mundo;
yo iba conducido por un grupo de 7 árabes andrajosos,
desdentados,
macrocéfalos,
barbados hasta la náusea de las náuseas,
iba yo conducido por siete hombres en tránsito indistinto hacia
el no-ser
hacia la amortajada ciudad de Menfis,
que las ciudades desaparecidas son kuásares amortajados en el
centro mismo de la tierra, tesoros de la perla indescifrable de la
derruición;
me conducían hacia la ciudad de Menfis,
(no sé si me habían vendado los ojos para que no oliera el
misterio)
la ciudad de Menfis estaba enclavada en la misma margen del
Biobío,
al sur de Gizeh,
floreció entre los años 3400 y 2000 A.C.,
después desapareció en un gran hongo radiactivo con
incrustaciones
de perlas y diamantes calcinados,
de susurros y miradas calcinadas,
de brújulas y cormoranes calcinados,
los 7 árabes me llevaban hacia las primeras tumbas de la
humanidad,
la pirámide de Keops o Khufu de más de 450 pies de altura,
la pirámide de Kefrén,
la pirámide de Micerino,
vigiladas por el silencio fantástico de la Esfinge,
iba conducido por 7 árabes bronceados por la maldad,
la crueldad soberana, la reina crueldad de los océanos de arena
bajo el mandato, el lema pintado a brocha gorda en forma de
orquídea sangrienta en lo más pétreo de la mayor de las pirámides:
"Sé cruel."

Ellos me llevaban veloces, casi en andas,
sus pieles curtidas por el sol
brillaban en la noche azul, vasta
de El Cairo;
al fondo se vislumbraba el desierto como un horizonte
azulino, de arena azulina bajo el influjo de la luna,
en esa noche azul de El Cairo
en la cual yo me dirigía hacia la más
alta de las pirámides:
¿Cuál es la más alta de las pirámides?
¿Keops, Kefrén o Micerino?
Pero yo me dejaba llevar por esos 7 árabes
andrajosos que reían y reían,
borrachos, fétidos, barbados, desdentados,
echando escupitajos de fuego sobre la arena azul;
entonces, ascendimos, subimos y subimos hacia la pirámide
más hermosa y desmesurada,
un cono que apuntaba hacia donde nunca alcanzaría la muerte,
el desperdicio,
la desesperanza,
lo disfórico,
lo desdeñoso,
lo despanzurrado,
lo desgraciado,
lo desafinado,
lo desacordado,
donde yo y el Otro, asidos de la mano,
bajo la azul luz de la luna,
proferirían todas las promesas;
pero los 7 árabes hablaban
un lenguaje que yo no podía llegar a comprender,
y reían a carcajadas
y de sus bocas emanaba un hedor a caries,
un aroma a santidad,
a ermita recién abandonada por su eremita,

a mazmorra de castillo del siglo XVIII:
sus 7 brazos curtidos por el sol
multiplicados por 2 asían, haciendo sangrar
mis dos débiles humanos brazos,
todo hacía sombra bajo la luna
y bajo la luna las tres pirámides
hacían sombra en la arena azul,
cuando llegamos a la cumbre de la más alta, todo era distinto,
yacíamos en lo majestuoso, descansábamos en lo vasto,
dominábamos lo dilatado;
el cielo se erguía en escalinatas de más y más cielo,
escalinatas hechas del material de todos los cielos superpuestos
que nos cubren que nos despojan que nos empequeñecen,
sobre la pirámide mayor,
pero era un cielo cavado en tumbas sucesivas,
en hueseras sucesivas,
en sucesivas cavidades pedregosas y calcáreas
como los cráneos de los esqueletos
de todos los muertos de la humanidad:
entonces, los 7 brazos de los 7 árabes multiplicados por 2,
me arrojaron por una fisura de la pirámide mayor,
y yo caí y caí dando golpes
contra la milenaria piedra,
y mi dolor se iba haciendo energía pura, verde,
y esta energía pura, verde,
me succionaba desde su vórtice,
desde su perdida matriz de volición,
mi polera blanca con el poema *Les Chats* de Baudelaire
*(Viens, mon beau chat, sur mon coeur amoureux;*
*Retiens les griffes de ta patte,*
*Et laisse-moi plonger dans tes beaux yeux,*
*Melés de métal et d'agate.*
*Lorsque mes doigts caressent á loisir*
*Ta tête et ton dos élastique,*
*Et que ma main s'enivre du plaisir*

*De palper ton corps électrique,*
*e vois ma femme en esprit. Son regard,*
*Comme le tien, aimable bête,*
*Profond et froid, coupe et fend comme un dard,*
*Et, des pieds jusques a la tête,*
*Un air subtil, un dangereux parfum,*
*Nagent autour de son corps brun.)*
que me regaló Teresa
en la Feria del Libro de Tebas, la de las 7 puertas camufladas,
1992,
se transformaba en un emblema de todas las batallas perdidas
por los ejércitos perdedores
de todas las guerras de mi Historia Personal de la Humanidad,
haciéndose jirones, gajos, restos, restas,
a cada golpe de mi cuerpo
en los muros oblongos de la fisura
por la que me arrojaron los 7 árabes,
la fisura abierta en la Pirámide Mayor:
¿Cuál es la Pirámide Mayor?:
¿Keops, Kefrén o Micerino?
En la caída libre tuve que abrir la boca,
abrir desmesuradamente la boca
hasta la última de mis muelas,
más allá de mi úvula atada por la soga del miedo,
abría la boca no para gritar de pavor
como los mártires de la hoguera, del gas ziklón, de la cruz,
como gritaron de terror los prisioneros del Estadio Nacional,
como gritaron de dicha
los primeros navegantes al avizorar tierra,
abría la boca para tomar todo el oxígeno posible,
el oxígeno de los niños,
el oxígeno de las plantas,
el oxígeno de los pinos,
el oxígeno del mar,
el oxígeno de la Cordillera Verde,

el oxígeno del Océano de Cipreses Grises,
el oxígeno del Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos,
pero no llegaba oxígeno alguno a mis pulmones,
sólo un regusto amargo a alcohol yodado
y los golpes de la fisura abierta
en la Gran Pirámide contra mi cuerpo,
magro bufón en la Corte de la Nada y los Otros Espejos.
Fue cuando comencé a sentir un zumbido de abejas,
un zumbido cada vez mayor de abejas,
me iba rodeando un zumbido feroz de abejas,
abejas que se aferraban a mi cuerpo con sus patitas,
las abejas rituales de la muerte arremolinándose a mi cuerpo
con el trombón de la caída;
entonces aparecía México,
en la luminosa pantalla del Cine Ducal,
en Tebas, la de las 7 puertas perforadas,
veía las pirámides de México,
las pirámides del sacrificio,
del color rojo de la sangre sacrificial,
y, nuevamente, todos los nombres de las ciudades de la muerte
comenzaron a aparecer
como los créditos de una película vieja
en la pantalla del Cine Ducal; Tebas, Guernica, Cipango,
y de esta manera continuaban y continuaban,
Zaire, Ruanda, Tenochtitlán,
Hiroshima, Belfast, Croacia, Tebas;
entonces tuve que cerrar la boca,
si una abeja entraba a mi boca moriría,
sin duda moriría
si una de las abejas se posaba delicada en
la superficie porosa de mi lengua y libaba,
en boca cerrada no entran abejas, pensaba yo, entonces,
cuando escuché los latigazos a mis espaldas,
los latigazos dados para azuzar los perros de la muerte,
a los perros corsos,

a los perros llamados de Mahúdes,
*Los perros de la calle*,
para que *Los perros de la calle* pudieran beber y no se agotaran
ametrallando cada cuerpo que se interponía en el asfalto veloz
e hirviente,
para que *Los perros de la calle hundieran sus hocicos en el*
*agua para*
*comer peces aún vivos,*
*mezclándose el sonido de su masticación y el de la agonía de los*
*peces,*
en tanto yo abría mis brazos
como aspas de suicida urbano
que intenta asirse a la desesperación de la caída
a los neones de la noche;
a lo lejos, como en sordina,
emergía el alarido desesperado del saxo
de John Coltrane soplando *Assension*
mi cuerpo se rodeaba del zumbido de abejas,
hasta el final el zumbido de las abejas,
hasta que mi cuerpo ya no era mi cuerpo,
sino una burla de la Nada sobre el asfalto
rodeado de niños o trozos de niños deformes,
los malditos niños de Cocteau,
niños de cabezas cuneiformes,
niños macrocéfalos interrumpidos en sus juegos rituales
de domingo al mediodía,
mirándome imprecisos al centro de un charco de Algo o Nada
desde donde yo miraba a los Niños Malditos de Cocteau
que me iban rodeando,
atisbándome, gruñendo, cerrando un círculo
mientras dos abejas se posaban
en los pelitos de mis pestañas
en la delicada piel que cubría mis párpados entrecerrados
y se detenían ahí, amarillas, zumbando.
Supongamos que me llamo Antonius Block y que sueño

que juego al ajedrez con la muerte,
al regreso de las cruzadas de mi Historia Personal de la Muerte,
en un hospital junto al mar,
cualquier mar.

# *Yo soy el Almirante Antonius Block quien les habla*

Yo soy Antonius Block, Almirante de esta misión.
¿Cuál era mi misión?
¿Refundar Tebas, la de las 7 puertas y su desvarío,
reconstruir el *Almirante Benbow*,
con todas sus vespacianas, pipeño bigoteado, indias de bronce,
con sus cascadas impensables de asco áureo-negro, placer y
circular ardor;
emancipar hasta el último intersticio de la ciudad
de los 7 malatos,
de los 7 gorilas albinos
del último deseo de Baudelaire o
cualquier insurrecto, ya fuese indígena,
que así son por naturaleza,
o cristiano enloquecido por las fiebres
o por fingimiento para su provecho;
descifrar el cántico de las engañosas armonías
de las caídas de falsa agua calcárea que se despeñan día y noche,
ambarinas,
por cualquier recodo o desfiladero de Tebas, la de las 7 puertas
predestinadas?
Pero hubo maremotos,
todas las noches la pleamar inversa arreciaba con violencia,
la pleamar se había vuelto los ojos para adentro,
peces abisales nadaban en la redoma de su cráneo,
estaba loca la pleamar,
no quería ver su cuerpo aurificado
echado a brillar el engaño sobre los riscos y las rompientes,

le dijeron que era una india,
que era una india azul y plácida
que lamía en la costa la ensoñación de los amantes,
que ése era su castigo por ser la india de los 7 mares,
aventar el engaño como polvo de oro y dar, así,
contra su voluntad, la muerte a los navegantes
y como nosotros caímos en el castigo de su engaño
y de todos los engaños de este orbe,
varó el *Rachel* errante frente a la isla de Jamaica,
en su constante búsqueda de hijos perdidos,
nada pudo el Almirante,
su propio cuerpo era ya una carcaza resquebrajada por las
traiciones,
ni Diego, ni Hernando,
ni el delirante Malcolm Lowry de Chiguayante, ya a punto de
desvanecerse para siempre de toda relación por olvido o náusea,
que traía las instrucciones del rey Fernando,
el peor nacido de la Corte de la Nada y los Otros Espejos,
de la Cohorte de la Nada y los Otros Azogues,
tatuadas en los enfebrecidos hemisferios de su opacadamente;
ahí quedaron, varados,
cabresteando el *Rachel* en las vagas admoniciones de la mar,
la tormenta y la noche,
haciéndonos los adioses
con el fluorescente pañuelo de seda de Kirilov,
desde la cofa a ras de mar, enloquecidos, tristes, febriles,
hombres un poco vivos y otro poco muertos,
zarandeados por la nube calcárea del destino
de lo poco de humanidad
que va quedando al borde de los fiordos de Sudamérica,
dando voces contra el viento desde los cabrestantes.

# *El sermón (Melville)*

Decir que esta iglesia junto al mar, Miserables de Víctor Hugo, personajes todos de David Lynch, tiene la forma de un barco encallado, y que yo estoy aquí arrodillado en la proa del púlpito o que el púlpito no es otra cosa que una cofa carcomida por la constante corrosión del aire que viene de la bajamar y que en los pliegues de mi sotana están adheridos percebes como en las quillas de los botes de los pescadores de San Vicente y que yo soy Richard Burton en *La noche de la iguana*, borracho como Dios manda que se esté, eleve mis ojos cerrados al cielo y les ofrezca esta oración tan intensamente devota que parezca estar arrodillado y rezando en el fondo del mar, mientras ustedes arrastran sus botas marineras entre los bancos, o sus ojotas, o sus zapatitos de charol o mocasines *Husch Puppies*, o el más bajo arrastrar de los zapatos de las mujeres, zapatos rojos de taco aguja o mocasines de cuero de búfalo de las indias de bronce o simples pies descalzos, antes de que se haga el silencio y todas las miradas, las más solemnes y aterradas miradas se fijen en mí y me fijen como un témpano de terror en un mar fosilizado; ya todo esto comienza a ser un poco extravagante, por decir lo menos, para un sermón, uno más, antes de que echen sus cuerpos al río o al mar para la última forma de la navegación, la muerte.

Pero hay que poner un poco de orden antes de la ceremonia del azar:

Así que —¡pasarela de estribor, allí! ¡Banda de allá a babor, pasarela de babor a estribor, de estribor a babor y viceversa y

bis! ¡Al medio del *S.S. Achab*, todos, hombres, mujeres y neonatos, indias de bronce, poetas negros, escapados de la imaginación de Hieronymus Bosch, tú mismo Antonius Block o cualquier almirante que haya entre los ustedes feligreses extraídos de un cuadro de Dix, se unirán al canto de mi himno y subiremos todos por encima del aullido de la tormenta buscando en el regocijo del dolor una forma de aplacar el azar, el tiempo y el dolor constante de la Angustia, y ustedes saben bien a qué acepción de la palabra angustia me refiero, esta nueva representación de la ballena destasada que les hace asesinar y robar a los de su misma casta y caleta.

Un poco de orden, sólo un poco de orden representa este gesto de buscar con mis manos regordetas y callosas entre las delicadas hojas de la Biblia, y apoyar la mano apropiada, en la posición y gesto apropiado, la página justa y, tras una breve pausa, citar(*Dan ganas de citarlo todo*) y no hago otra cosa, compañeros, que dar con las ganas y citarlo todo.

Queridos Miserables de Víctor Hugo, niños de Murillo, personajes de Otto Dix, colguémonos al último verso del primer capítulo de Jonás, como si fuera una tabla amarga y febril, el último madero en forma de cruz campeando la pleamar, la peor mierda que se revuelve entre las olas y devuelve la resaca, pero el único destrozado y podrido trinquete para asirnos en la vastedad:

"Y Dios había preparado un gran pez para que se tragase a Jonás."

Queridos caprichosos de Goya, *comics* de Rugendas, estampitas en el velador de las putas más tristes e irrecuperables: este libro, que contiene solamente cuatro capítulos, cuatro historias, es uno de los cabos más pequeños en el pleonasmo de las Escrituras todas, sagradas o profanas (para ser justos).

Sin embargo, ¡a qué honduras de los bajos fondos de sus intestinos echa la sonda de hule el profundo horizonte de Jonás!

¡Qué pleonasmo cargado de visiones tenemos en este profeta! ¡Qué de formas del horror que no hallo otro adjetivo que el de proteiformes —que aclararé más adelante— es el cántico del vientre fétido y poblado de carroña marina de la ballena! ¡Qué mares, qué riberas, qué rocas grises y qué islas! *¡Qué susurrantes aguas en la proa!* (Dan ganas de citarlo todo y lo hago.)

Y qué ahogados pensativos y ahogados aullantes y ahogados lívidos y ahogados más hermosos del mundo y qué de muertos por agua y pura respiración artificial.

Pero vamos por partes, por partes de la ballena destasada en una factoría fantasma de la caleta abandonada de Quintay ahora vendida a un consorcio turístico de Castilla la Vieja: cómo, Miserables de Víctor Hugo, Carroña pintada por Otto Dix, personajes de David Lynch, este manto de aguas pesadas y negras que les viene a todos, pónganselo como una ponzoñosa mantarraya que los envolverá con sus oscuras alas de murciélago abisal.

Hijos de Amitai en su voluntad está la desobediencia del mandato de Dios no importa cuál sea éste ni cómo se transmita ni la forma que adopte una mariposa inalámbrica la visión del mar en la pantalla de un juego de video un río cargado de basura inorgánica la camanchaca de la sangre que cae lenta de los corazones o la forma de un bar rutilante al fondo de un perdido callejón de la urbe donde el vino es gratis y el vómito vuelve a transformarse en vino para volverlo a beber purificado por el alambique de sus propias tripas.

La cosa es que Jonás se ríe a batientes mandíbulas de Dios al intentar huir de Él y piensa que en un barco hecho por hombres lo llevará a ignotos países donde Dios no reine como la *Ciudad de los Césares*, equivalente a la *Utopía* de Tomás Moro para su afásica imaginación de pecador, un Estado como la ciudad de Interzonas o Santa Mónica de los Venados, antes del primer día de la creación, o la ojival Tebas, la de las 7 puertas entreabiertas,

referida en la *Historia de Chile* del padre Alonso Ovalle, incluida en el tomo III de la Colección de Viajes, de Churchill, situada en un país cerca de las grandes Cordilleras de los Andes, de Sudamérica, entre Chile y la Patagonia, a la altura de los grados 43 o 44 de latitud Sur.

Entonces Jonás vaga por los muelles de Jope con los ojos heridos por el sol del Atlántico como si ese sol fuese un ojo oxidado que espejea la Angustia sobre su cuerpo doblegado que vaga por las esquinas de las casas desquiciadas y corroídas del puerto de Jope, pintadas a brocha gorda sobre sábanas prostibularias con la escenografía de *El gabinete del doctor Caligari*, buscando un barco que se dirija a Tarsis. Ahí, enanos macrocéfalos que me escucháis, pigmeos del Congo, esquimales que ofrecéis vuestras mujeres al primer gringo que pasa, Demonios desfloradores del orden natural de las cosas de Dostoievski, se esconde el significado oculto, la ofrenda para el Arúspice, el cebo para el oso pardo escapado del circo que pasaba por el puerto de Jope o las estepas asiáticas, la cara oculta de la luna; según cualquier cálculo o cualquier mapa o cualquier esfera de cristal, goma o latón, Tarsis no puede ser otra ciudad que la actual Tebas, la de las 7 puertas constreñidas. Ésa es la opinión de los Sociólogos, Comunicadores y Estetas de la Muerte. Y Tebas, la de las 7 puertas malparidas, es Cádiz, la también actual Cádiz. Y, ¿dónde está Cádiz, perros de Mahudes, perros corsos, Perros del Paraíso? Cádiz está en España, tan lejos por vía marítima como Jonás podría haber navegado en aquellos remotos días en que el Atlántico era casi un mar desconocido. Porque Jope, la moderna Jafa, está en la costa más oriental del Mediterráneo, en Siria; y Tarsis o Cádiz a más de dos millas hacia occidente, después del estrecho de Gibraltar y, aunque Jonás no podía saberlo, en nada quita un ápice de su lengua la culpa, hacia Tebas, la de las 7 puertas estáticas, hacia Sudamérica, las Indias Occidentales o las Tierras del Demonio. Todo está más claro que el mar en plenilunio, jaspeado de estrellas: Jonás pretendía huir, se escabullía por las calles

atestadas de putas, comerciantes de jirafas pigmeas y rinocerontes de Durero del puerto de Jope, sin equipaje, en cueros bajo un podrido sayal que le ocultaba la cola de iguana, sin saco de viaje ni amigos ni mujer ni hijos que lo acompañasen hacia el puerto para decirle adiós, sólo un maladrón que le daba palos en la cabeza, en pleno cráneo que se le abría manando sangre y masa encefálica, bailando y cantando como un poseso el *Reggae de la paz y el amor*. A todas luces un prófugo de la mala ley de la Angustia.

Pero la intuición de los marineros les alerta que este hombre no puede ser un inocente, y su culpa se va llenando de boca en oreja en codazo en guiño de calavera en graznido de tucán en bufido de rinoceronte en susurro de alas de mariposa inalámbrica de canal de TV en canal de TV en *zapping* vertiginosos y entrecortados en neones crepusculares en el zumbido de las abejas en la mustia generosidad de las putas de pasillo en pasillo de la administración pública y en las ovaciones y bis y venias al final de una noche de ópera *El violín* de Erich Zann en el teatro Municipal de Santiago de Chile un Viernes Santo o un 18 de septiembre, por la Razón o la Fuerza:

—Jack, ha robado una vestal de la Pintana; o, Hayde, éste trae el mal de la Angustia en sus ojos inyectados en sangre, fíjate, es *M, el vampiro de Düsseldorf*, en las bodegas debe estar su caja de arcilla con la roja tierra de Transilvania, su tierra maldita natal; me imagino que es un seropositivo maliluminado por los faroles del Cerro Caracol buscando una mano un ano piadoso o un asesino que se escapó del penal de la Isla Santa María al frente de Lota o quizás es uno de los personajes que faltan de *Salo*, de Pier Paolo Passolini.

Pero el capitán del barco es Ronald Silver el Largo, el antipsiquiatra de Tebas, la de las 7 puertas cerradas para siempre, y detecta con su ojo clínico la enfermedad de la Angustia en los planetas rojos de los ojos de Jonás surcados

por cientos y miles de caminitos sucesivos de venas inyectadas en sangre y deseo y miedo y ve en ellos un holograma de la *Ciudad de los Césares* y se fija en la abultada billetera de Jonás y en las doradas tarjetas de crédito que asoman del negro cuero de su billetera y aunque Ronald Silver el Largo, el capitán y antipsiquiatra de Tebas, la de las 7 puertas Ante la Ley, detectaba el mal de la Angustia en cualquiera, su codicia denunciaba sólo a aquel que no tenía oro y oro era lo que brillaba en los hologramas de la *Ciudad de los Césares* en cada ojo de Jonás. Entonces el capitán —que no es otro, repito, que Ronald Silver el Largo, el antipsiquiatra de Tebas, la de las 7 puertas bifrontes— le pide 12 veces el valor del pasaje a Jonás y como Jonás acepta sabe que es un Angustiado y que le gustan las de 12 y sus tetitas de perra joven. Y como el oro de Jonás y sus doradas tarjetas de crédito son reales y aunque es un Angustiado, el capitán le vende su pasaje en Primera Clase, musitando, total, no es un monedero falso.

Y he aquí que Jonás entra en su camarote y le gustaría cerrar la puerta pero la puerta carece de llave. Entonces comienza a sonar el saxo de John Coltrane, es *Assension* lo que escucha Jonás y entonces bebe con la dipsomanía de la culpa del mal agüero del mal de ojo de la mala nueva Jonás bebe como un endemoniado del pipeño miserable y bigoteado del frigo bar del camarote mientras Ronald Silver el Largo el Capitán el antipsiquiatra de Tebas, la de las 7 puertas desconsoladas, se va arrastrando la pata por los laberintos del barco musitando que no se pueden cerrar por dentro los camarotes de los convictos y ahí está Jonás en la semipenumbra de los 4 muros afelpados de blanco jadeando bajo el pesado aire fétido a pescado y contrición inversa en un estrecho agujero alumbrado por una luz verdosa y cadavérica hundido bajo la línea de flotación bajo una lámpara que oscila sobre su cráneo rapado que es la que despide los destellos verdes una lámpara que oscila y oscila siempre perpendicular una lámpara de luz exangüe y verde de cadáver que oscila y oscila como un ahorcado desde el techo del camarote como un ojo

huero desde el techo del camarote la lámpara oscila y oscila sobre el rapado cráneo de Jonás oscila como un suicida urbano una madrugada de hollín y vaho de braseros con que se calientan el sexo el plexo el nexo las putas en una calle adoquinada entre eriazos y zanjones oscila y oscila como una lámpara chinesca de prostíbulo miserable la Angustia sobre el rapado cráneo de Jonás encorvada como un jorobado en pena la lámpara y entonces Jonás como después de una atroz borrachera de vil pipeño bigoteado de pasta base de polvo de estrellas corre hacia su camarote pero la Angustia se ha montado sobre él una y otra vez la Angustia aguijoneándole los ijares dando saltos de caballo inglés la vertiginosa Angustia le clava sus harretes de acero en el cráneo rapado y entonces adviene el sopor del borracho sangrante echado a morir en cualquier callejón de la ciudad de Tebas, la de las 7 puertas batientes, porque ha llegado la hora de la marea la hora del zarpe y el barco se ha hecho a la mar con su paquete de Angustia como contrabando y ahora debemos recordar que no hay "Feliz Viaje" sino "Adelante Viajeros", pero como Jonás es un *container* que dentro trae el contrabando de la Angustia y otras pestes y virus y males para nuestras sacras ciudades consteladas de luces falsas de enmierdados watios y sombras vienen las olas siempre las olas una tras otra las gigantescas olas de la tempestad dentro de su cráneo las olas sin piedad azotándole los sesos como si sus sesos fueran escolleras una tras otra las olas en el recinto verde y maliluminado de su Angustia y llegan en tropel los enfermeros y le preguntan sólo por saciar su curiosidad de enfermeros, nada más, le preguntan con *pietá* a patá limpia le preguntan "¿Cuánto calzas? ¿El número de tu cédula de identidad? ¿Estái curao de espanto? ¿Aspiraste neoprén? ¿Te gusta que te den por el culo? ¿Te gustan las de 12? ¿Los resultados de tu examen de sangre para la administración pública? ¿De la P.A.A.? ¿Isapre? ¿A.F.P.? ¿Soi del Frente Patriótico? ¿Y esa medallita con Manuel Rodríguez? ¿Crees que impunemente los tiempos cambian? ¿Crees, realmente, que los tiempos cambian? ¿Crees,

que cantando sin son ni ton puedes decir que los tiempos cambian y tú, el magnífico desplazado por los relojes, no? ¿En resumen, quién eres, de dónde vienes, a dónde vas?" Los ansiosos enfermeros le preguntan y preguntan y preguntan sólo quién es y de dónde viene, pero no sólo reciben respuesta a cada una de sus preguntas, sino que también reciben la de una que no hicieron, la respuesta no solicitada, pero que la dura mano de Dios colocada frente a él le obliga a dar: —Soy 3 en 1. ¡Soy el Golem, creado por el miserable rabino Low, y si me sacan el nombre numérico de bajo el paladar me volveré de barro y me desharé en los miserables albañales! ¡Soy el hermafrodita, la unión mágica de lo femenino y lo masculino en la figura del semidiós, como meta final, no como meta sino como principio de un nuevo camino, eterno, sin fin! ¡Soy Ray Milland, el Hombre de Ojos de Rayos X y puedo atravesar las paredes con mi mirada!—Y después hace una confesión más o menos espontánea frente a los enfermeros que se aterran cada vez más y se llenan de compasión; entonces Jonás se descubre el pecho y muestra los brazos cruzados por mapas de interminables llagas como autopistas y pinchazos por los que emana una luz boreal, pero la tormenta arrecia sobre la *Juana Guy* y entonces los enfermeros por piedad, por pura *pietá* a patá limpia, muy limpia en pleno culo, levantan a Jonás como un ancla y lo arrojan con repugnancia —pero sin perder la conmiseración— por la cubierta a un aceitoso charco de agua que fluye desde las alcantarillas todas de la benevolencia de la Angustia urbana.

Y he aquí entonces que dentro de la alcantarilla está la ballena con sus fauces abiertas una ballena de juguete una ballena a cuerda una ballena de cartón piedra de tren fantasma una ballena jurel tipo salmón que chapotea dentro de una lata de conservas oxidada mecida por el agua veteada y pútrida como la del Arthur Gordom Pym de las acequias tras una desolada noche de maelstrón y lluvia gris.

Y nada más los mendigos los perros las putas y los niños de Murillo van rodeando a Jonás que gime y arroja cuajarones de aguas muertas sobre el pavimento espejeante de lluvia en el que se refleja un sol virtual y engañoso, mudo, muy mudo, donde sólo es real el reflejo.

# *Las formas del conocimiento*

Un ave marina sobrevolaba el mar,
esa salobre placenta abisal
que comenzó a recogerse con sus fétidos
pasos de brontosaurio herido del mal del Cristo de Cristal,
hacia la cuenca ciega del Mundo sobrante pero único,
del cual nunca debió emerger;
Tebas, la de las 7 puertas de tiras multicolores, era un burgo
medieval
emplastado en plena Sudamérica,
nosotros avanzamos entre edificios corporales,
edificios de cuero rancio de mucha altura,
777.777.777 metros de cima y sima de neones y placas tectónicas,
edificios ensortijados de una riqueza añeja,
abriéndose como el Dorado de lumínicos donde sonreía
una rubia niña virgen de labios leporinos
pintada sobre el sol por Liechtenstein,
fétida a polvo, a polvorín, a purulencia, a impiedad,
se elevaban estos edificios de arquitectura ventral
a muchos miles pies de altura, ojivales,
como queriendo agarrar el cielo con sus garras
de cinocéfalos heridos para siempre,
los ahogados colgaban como vacas hinchadas de aguas pesadas
por pleno culo de estos edificios ya maldescritos,
la fetidez a organismos marinos primordiales
iba haciéndose cada vez más lerda, lerda, lerda,
cómo saber dónde se ocultaba el Golem,
cómo saber el nombre de los últimos 7 demonios
que lo más importante de un demonio es el nombre,
cómo saber dónde se guarecían del bien los 7 malatos,

cómo saber de las jaulas áureas de los 7 gorilas albinos,
cómo saber cuál fue el último deseo de Baudelaire,
sólo una voz en *off* carraspienta
había murmurado desde la caja negra del limbo
las órdenes superiores
que contenían nuestra misión,
después se había autodestruido
dejando en el torreón de popa
un perverso aroma de azufre y sándalo;
sólo sabíamos que este Mundo ya habíase perdido en la Historia,
sólo sabíamos que unos pocos sobrevivían, deformes,
agobiados por sus corcovas por el peso de lo cuneiforme,
pero sobrevivían, calcinados,
pero sobrevivían,
pintados a brocha gorda sobre los muros,
pero sobrevivían, trepanados,
pero sobrevivían,
sin huecos en sus cuerpos,
pero sobrevivían,
henchidos de desechos, pero
sobrevivían,
a la mala,
pero sobrevivían.

# *El arribo a la ciudad sumergida*

Entramos a la ciudad de noche,
sumergida aún bajo las aguas,
las aguas eran oleagionosas, púrpuras,
vetas inconmesurables se abrían
hasta el hartazgo,
sólo 2 de nuestras embarcaciones
habían sobrevivido a los incontables
maremotos,
a los maremotos de plutonio,
a los maremotos de impiedad,
a los maremotos de gusanos,
los maremotos de impiedad eran los peores,
porque eran multiformes,
tenían formas que se desgajaban de las formas,
tenían formas que huían de las formas,
tenían formas que se adentraban
en lo inconmensurable y después en lo pequeñito,
intentamos darle nombre a esas formas deleznables,
no era difícil reconocer la sangre en esas formas,
alguien pensó en el nombre de proteiformes,
pero ya más adelante me referiré a esas formas de lo impensable,
a sus voces,
a sus atroces tentáculos o venas
a esos anillos dorados como alcantarillas de sol u oro;
las dos únicas embarcaciones sobrevivientes eran la *Juana Guy*
y el *S.S. Achab*,
y sus 2 capitanes,
Alvar Nuño Cabeza de Vaca

y el Mariscal de Campo González de Nájera;
de esta manera la *Juana Guy* y el *S.S. Achab*
entraron a la ciudad sumergida,
cabresteando,
crujiendo sus cascos atormentados,
haciendo sangre sus popas y sus proas,
ya que eso que lo cubría todo
más parecía sangre que agua.

# *El grabado de Dore del castillo de popa del* S.S. Achab

*La creación de los peces y las aves*, para el *Paraíso perdido* de Milton, representación fantástica en la que retrocedemos a la época primigenia, protoplasmática, innombrable, alucinante de ese *depósito infinito de misterio* de ese *batir de alas tenebrosas* de un tiempo aún en rarefacción, de ese *arañar de unas formas y entidades exteriores en el borde del universo conocido* que transmuta lo numinoso y el horror cósmico que intenta abrirse paso entre unos densos nubarrones que ocupan el extremo superior del grabado, sin lograr emerger del caos, a través de unas gruesas trazas, toscamente blancas, que se desgajan en una bandada de pájaros, también blancos, pero que al acercarse al centro, sin matices, se transmutan en negros, y quedan suspensos entre el arriba y el abajo con sus alas desplegadas en la inmovilidad; varados, ni en los nubarrones ni en el mar: ¿qué pueden transferir desde un paraje a otro? Su delegación ha quedado confinada a la informidad de una miríada que, en el trazo, no logra ligarse al limo que precede, aún, el reflujo, la marea; algunos se desgajan y caen —aparentan— pues el trazo no logra la forma, amorfo se confunde con la consunción del caos neonato. Y abajo, los seres primigenios, acuáticos, sobrenadan la marea, se encaraman sobre la roca y atisban, mientras una suerte de leviatán se erige como el centro del claroscuro. En ese paraje donde todavía campea lo amorfo, lo único que aparenta movimiento a la mirada, que ha logrado extraer desde el viscoso caos, la forma, es la serpiente marina, en su morfología gigantesca.

El *leviathan*, en su nombre latino o *liwyatan*, su nombre hebreo, ese enorme monstruo acuático descrito en el *Libro de Job*, y al que los Santos Padres, los profetas, entienden en el sentido moral de demonio o enemigo de las almas, de la misma manera que Achab veía, en su delirante deseo de venganza por la mutilación de su pierna en la gigantesca ballena blanca, por su color y tamaño, una admonición maligna de la naturaleza.

# *Cuando las aguas comenzaron a retirarse*

Un ave marina sobrevoló el mar con sus alas inmóviles,
graznando.
Yo soy Antonius Block, Almirante de esta misión.
Cuando las aguas comenzaron
a retirarse quedó frente a mi vista
La Concepción del nuevo extremo o lo que quedaba de ella,
ahora llamada Tebas, la de las 7 puertas legañosas,
por los que lograron sobrevivir en
esta última ciudad de Sudamérica,
cubierta su fisonomía de mujer de una sustancia dorada y fétida,
como si múltiples ductos de oro brillante
hubiesen explotado bajo los obuses
de la última guerra embarrando
los neones que brillaron alguna vez, antaño,
extinguiendo como velas negras las callejuelas de la pasión,
borrando toda seña de las avenidas del deseo.
Así, se abría ante mi visión Tebas, la de las 7 puertas atestadas
por el miedo,
triste, ojival, devastada,
con todas sus barbacanas, gárgolas y cariátides
chorreando de ese oro brillante
como el frontis de una bestia en celo.

# *Contemplación de una caída de agua*

Yacemos contemplando una cascada sudamericana.
No sabemos si son aguas metafísicas.
No sabemos si son aguas tanáticas.
No sabemos si son aguas de lágrima.
No sabemos si son aguas aparentes.
No sabemos si son aguas pesadas.
No sabemos si son aguas lastradas.
No sabemos si son aguas tatuadas.
No sabemos si estas aguas son agua.
O polvo de estrellas + polvo de cementerio.
No sabemos.
No sabemos nada más de estas aguas que lo ya dicho.
Pero existe también lo acallado
como pergaminos,
como geoglifos,
como los lacustres infiernos tan temidos.
¿Había peces en la caída de estas aguas?
¿Había ahogados pensativos descendiendo
la caída de estas aguas?
¿Reflejaban el follaje del sol la caída de estas aguas?
Pero estas aguas caían raudas por los despeñaderos,
como lo hicieron las aguas del Primer Día de la Creación,
como lo hicieron las aguas vegetales,
las aguas nacaradas que sellaron
para siempre tras tus perdidos pasos
el umbral de Santa Mónica de los Venados;
No sabemos nada de la caída de agua que contemplamos,
esa caída de agua es la ensoñación de la más alba de las mujeres,

esa que se retuerce tras tus yemas que la aplastan
entre el rosa interno del párpado y la legañosa cuenca
donde la soñabas, eterna virgen, la portadora Infiel,
la desvanecida en la consunción
del último reflujo del sueño erótico,
la raíz del amanecer.
No sabemos nada de los materiales de esta cascada
y sus ensueños.
Sólo de una caída de agua digamos proteiforme
frente a nuestra mirada.
Y que espejea.
Que hay algo de azogue y de pepitas de oro.
Y que nuestro ojo depende de ella
y ella es la constancia de la fuga.
De la fuga de 3 carabelas destartaladas y cabresteantes.
De la fuga de los náufragos en pena.
De la consagración de las especies marinas y otras alteridades.
Sólo presentimos que ella reanuda
un fementido tránsito de podredumbre
al mar, al mar, al mar para manchar
*sus trabajos puros y sus eternas causas...*
Nada sabemos de las cascadas enceguecedoras que brotan
entre los bosques y las ciudades de Sudamérica.
Que murmuran, sí que murmuran,
qué murmullos, cavilaciones,
relatos de milenarias mutilaciones
y amores fementidos en prostíbulos y cementerios.
¿Podríamos hablar de pureza en la forma veteada de sus aguas?
Son limpias, como cualquier agua calcárea,
pero recuerdan la pesadilla absoluta de Arthur Gordon Pym,
la revelación mesmérica en el diálogo postrero,
el agua que ha de colegir
la realidad, el juego de los espejos y las inversiones,
la luna bifronte, las chispas atareadas en una iridiscente
cópula de bestias primordiales.

Brontosaurios y gliptodontes en la sima de las células
que se revuelcan gimientes
en una orgía milenaria sobre el terciopelo
venido desde los puertos de la Historia Personal del Mar.
Y estas aguas con su habitual limpidez
(siempre estamos arrobados ante ellas)
comienzan a descascararse,
como los muros de los húmedos
desgalgaderos,
comienzan a vetearse de sangre, como los muros apelmazados
de los hospicios, las vespacianas donde vomitan sus delirios
los desheredados de la razón, los picados por la tarántula,
y es una caída de agua cualquiera,
en punto cualquiera del continente,
como en una iglesia adormecida en la colonia
de cristos y cristos simultáneos
repitiendo el gesto, la heredad barroca del martirio.
(Y aún estamos arrobados ante ellos,
ante el bretel que cubre sus llagas,
ante la perpetuidad axiomática del flagelo)
Y caemos en la contemplación de una cascada sudamericana.
Y no sabemos si sus aguas son aguas.
Su complexión de reversibles soles soñados,
monedas, figuritas de yeso,
edificios de movilidad calcárea y soles sin restañar
y sístoles y diástoles bruñidos
sobre la piedra sacrificial silenciosa
que late por sus inquietas perpetraciones
a nuestros ojos malacostumbrados
por la fatuidad de la apariencia,
por la cópula de las sombras,
por las superposiciones de las fábulas
baboseadas noche a noche junto a los inextinguibles braseros
por nuestras fétidas y desolladas bisabuelas.

# *¿Dónde está lo real?*

¿Dónde está lo real?, me preguntaba yo, Antonius Block,
Almirante de esta misión,
frente a esta especie de costa ojival y dorada.
Junto a mí, Alvar Nuño Cabeza de Vaca y González de Nájera.
Tras nuestros 3 cuerpos irguiéndose deshilachados,
que más parecían enormes velas negras que cuerpos,
se mecían convulsionados
la *Juana Guy* y el *S.S. Achab*.
El *Rachel* había varado frente a la isla de Jamaica como ya dije,
en el *Rachel* iban en un cofre todos los libros,
los discos que como el gran Cronopio llevábamos a la isla,
*Assension* de John Coltrane,
*Perdido* de Charlie Parker
*Traveling All Alone*, cantado por Billie Holliday, la zombie,
*Carretera a Chile* de Jimmy Hendryx,
mártir de las 60 esperanzas,
las grabaciones,
los códices,
el oval retrato de Aurelia,
el último astrolabio del mundo
y los cien galones de Ron con Cacao
que donó para la expedición Don Beto,
dueño y señor del *Almirante Benbow*.
Entre mis manos sólo tenía un cofre,
un cofre nacarado sobreviviente de la muerte,
era como el cofre rilkeano,
se le parecían o eran idénticos
todo cubierto con toda clase de pestillos,

pezuñas, barras y palancas
ocultas bajo una lengüecilla
de un material indeterminado,
hierro o epidermis,
que no obedecía más que a una pasión secreta.
No había nada más.
Ni indicios.
Ni una señal en el cielo.
Ni un petroglifo a la distancia, como los de Nazca,
algo, ni una huella de arte como en Lascaux,
sólo pisadas de bestias sangrantes sobre la nieve,
una serpiente roja coleteando al borde,
una iguana ámbar trastabillando al vórtice,
un risostoma pulmón en ascuas al maelstrón
a punto de abismarse
fuera de los cascos del *Juana Guy* y el *S.S. Achab*
tras nuestro,
como en una marina pintada por Hieronymus Bosch,
en esas aguas veteadas y aborrecibles.

# *El primer sentimiento de esta crónica*

Como los coletazos del pez en la tierra.
Como la desolación del albatros en cubierta.
Como los desmesurados ojos del hombre, cuando cae.
Como el llanto de la virgen de leporinos labios de
Liechtenstein.
Como la desolación del risostoma pulmón
ante el lenguaje de los hombres.
Como el aislamiento de los parias fuera de las hospederías.
Como Milton y sus aleluyas clamando
por un Universo nuevo en el Empíreo.
Como Ismael gritando el terror salvaje y místico de su alma
hacia el Norte.
Como Rimbaud enterrando su imaginación en las criptas del oro.
Como Vicente Huidobro viendo el horizonte hundirse para
siempre.
Como el niño que se encuentra cara a cara con su doble y no
sabe.
Como Laura Palmer en la lengua paterna del lobo.
Como el Abominable Hombre de Los Bares y sus náuseas
del alba.
Como Alvar Nuño Cabeza de Vaca perdido en los manglares
destas tierras del Demonio.
Como Natividad Quintuche cuando le hacían las tetitas
a la fuerza.
Como el brontosaurio mirándose aterrado
en el Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos.
Como Daggoo (*sombríamente*): —Nadie.
Como mi padre, solo, más solo

que la última estrella de la Antártida
que tanto amó allá en el otro infierno blanco
del revólver (¿Había limpiado minuciosamente el arma,
aceitado, pulida, bruñida?) en la sien.
Como yo.

# *Antonius Block piensa en Achab*

*¿Es, así, demasiado esta corona de los lombardos que yo llevo?*
Pero no refulge de piedras preciosas,
mi cráneo rapado para la guerra está
ensombrecido por la muerte.
Yo no soy un portador,
no veo lejanos destellos,
sino las trazas de sombras que va
dejando en la orilla del mar la muerte.
Pero como él, oscuramente, siento
que la llevo como en mayor pecado,
y la culpa me trabaja afanosamente labrando el placer
en mi cráneo rapado.
Entonces recurro a sus palabras,
sólo las palabras del Otro pueden
insuflar la fuerza que necesito para mi misión:
Y es hierro, también lo sé.
Y no es oro. También lo sé.
Y también está rota, como la de él.
Eso también lo sé.
Lo sé.
Y lo siento, como él:
las melladuras de sus bordes me castigan
que parece que mi cerebro chocara contra el metal.
Sí, cráneo de acero también el mío.
Como el de él.
¡La clase que no necesita yelmos
en la lucha más destrozadora de cerebros!

# *La figura vestida de magenta*

Entonces, yo, Antonius Block, Almirante de esta misión, caí de
rodillas sobre la arena
y me cubrí el rostro con ambas manos.
No sé cuánto tiempo transcurrió, pero me atisbaban.
Algo, alguien, entre las escolleras y los rompeolas me atisbaba.

Abrí los ojos y miré hacia el sol
que comenzaba a despuntar sobre la superficie de la bruma
gironeado de mar.

Sentí el batir de unas alas,
el sutil batir de algo como alas.

El *Nostromo* cruzaba el cielo a plomo
salpicando carne y sangre.

Alvar Nuño Cabeza de Vaca y González de Nájera dormían.
Habían vaciado sus sendas botas de cuero
de ron con cacao.

Los cascos de la *Juana Guy* y el *S.S. Achab*,
a mis espaldas,
lentos, con el ritmo de los barcos fantasmas,
se mecían.

Volví a sentir el batir de algo como alas.
Entonces me volví.

Había una figura completamente vestida de magenta.
Su rostro era muy pálido y ocultaba sus manos

bajo los pliegues de una capa.
Debía ser una ensoñación producto del refractar de las aguas
ya descritas.

Los edificios de Tebas, la de las 7 puertas, terminaban de asomar
bajo esas porosas aguas
como arcaicos fósiles de plesiosaurios humeantes.

Un ave marina continuaba sobrevolando el mar,
a lo lejos,
graznando.

Entonces yo, Antonius Block, como un niño de pocos años,
refregué mis puños sobre la delgada piel que recubría mis
párpados
y recién, ante el santo sudario de la pantalla, los abrí.

La figura continuaba frente a mí.
Su rostro era muy pálido.
Estaba completamente vestida de magenta.

Ocultaba sus manos bajo los pliegues de su amplia capa.
Debía ser una ensoñación causada al probar
de esas aguas corrompidas.

Mientras la miraba, inmóvil, hierática sobre la arena,
una abeja comenzó a zumbar en mis oídos.

# *El desafío*

¿Quién eres tú?
Soy la Muerte.
¿Vienes por mí?
Hace ya mucho tiempo que navego en tus barcos
y camino a tu lado.
Lo sé. He oído abejas.
Podrían ser moscas.
Lo mismo da.
Estás listo.
Yo, sí. Pero mi cuerpo teme.
Es lógico. El cuerpo siempre teme.
No es para menos:
mira los empalados,
mira los crucificados,
mira los desollados,
mira esos neonatos revolviéndose en sus placentas
en esas bolsas de nylon negras,
mira esas putas tajeadas,
mira el *Nostromo* entre las nubes
desaguando su roja baba de ácido y las vísceras del Otro,
mira toda la carne chamuscada y el humo aventado
aún perfumando la costa...
Eso no me importa. Yo no concedo plazos.
¿Tú juegas ajedrez, no es cierto?
¿Qué te hace suponer tamaña huevada?
Lo he visto en los cuadros y lo he oído en infinidad
de canciones y leyendas.
Eso era antes,

cuando había cuadros y canciones y leyendas.
¿Qué juegas ahora?
Juegos de Guerra
en el *video game* de mis dominios.

# *El caballero y la muerte se inclinan sobre el tablero de video*

Ahí, en el pleno centro maliluminado
de la maldita pantalla del juego de video
al fondo de un callejón adoquinado
de la gótica malparida ciudad ya dicha
con una fogata falsa alumbrando el relato
apareció magra la instrucción en sordina
pidiendo la piedad prohibida por los postes
del medieval alumbrado eléctrico:
—Esta ciudad no es la Ciudad de los Césares.
Esta ciudad no es ni Sodoma ni Gomorra.
Esta ciudad es engañosa de cristales y afluentes que ladran.
En esta ciudad se oculta en su casulla de barro el Golem.
En esta ciudad habitan las indias de bronce.
(Cuidado, que son malas, que son impúberes, que son las 2 de la Furia.)
Esta ciudad limita al Oeste con la Cordillera de Cipreses Grises.
Ahí se cuecen habas ambarinas y se lamentan.
Esta ciudad limita al Este con las cumbres de la Cordillera Roja.
Ahí hablan los perros de Mahudes y si te acercas muerden.
Esta ciudad limita al Norte con el Océano de Cipreses Grises.
Ahí Daggoo (*sombríamente*): —Nadie.
Esta ciudad limita al Azul
con el Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos.
Ahí el brontosaurio brilla la ausencia de los hechos humo.
Pero eso no es todo de esta ciudad, Tebas, la de las 7 puertas.
Sí, hay más, tanto más y espuma y pus
y 3 relojes en cada vórtice dando horas y más horas

para conducir los cuerpos al maelstrón.
Y llagas en los edificios.
Y pífanos. Y los 3 ladrones. Y los 7 enanos.
Y el *Nostromo* coagulado por Giger a brocha sangrienta
sobre la tela leporina del cielo.
Vamos por parte, por partes destasadas:
ciudades y ciudades sepultadas, una bajo las otras
hay con sus 12 animitas en pena,
como diz el cronista Asturias son las ciudades sudamericanas,
*ciudades formadas de ciudades enterradas,*
*superpuestas, como los pisos de una casa de altos.*
*Piso sobre piso.*
*Ciudad sobre ciudad.*
*Libro de estampas viejas,*
*empastado en piedra con páginas de oro de Indias,*
*de pergaminos españoles y papel republicano.*
*Ciudades de altos donde se conservan intactas*
*las ciudades antiguas.*
*Y por sus escaleras suben imágenes de sueño sin dejar huella,*
*sin hacer ruido. Y de puerta en puerta van cambiando los siglos.*
*Y en la luz de las ventanas parpadean las sombras.*
Y hay una casa en la calle Colón 666,
*una casa de paredes desnudas y ventanas*
*como ojos vacíos*:, ahí nací yo, Antonius Block,
Almirante de la Corte de la Nada y los Otros Espejos,
quien les tira al podrido sudario de sus rostros
estas guedejas acústicas desde la caja negra
del Universo Equívoco.
Y si no me creen, eah pues,
pregúntenle al risostoma pulmón, despavorido,
medio a medio del Mar de los Sargazos de Alcohol Puro,
leyendo con sus ciegas esporas
la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.

# *El* video game *de la muerte*
# *(siempre, en alguna parte de la calle, la esperanza)*

*Para Diego*

He aquí las condiciones:
habrás de dejar vivir mi vida
mientras no me venzas
y si yo te doy jaque a ti
tendrás que perdonarme
la vida y retirarme la cópula del engaño
la víspera de la desolación
las garras de metal acuoso de la máquina y sus
nudos y laberintos enrollándose en las sinapsis neonatas,
por los inacabables viajes sin retorno en los pasillos
del fluorescente castillo de Otranto de los cráneos desollados,
del topo Digger acezante en la luz de la carrera enloquecida
con el Hombre-Pájaro y Jack Torrance hacha en ristre
por los meandros de hielo
en los jardines del Hotel del Desvarío
escena a escena inacabables desta tragedia
representación de la reiteración por los siglos de los siglos
del instante de la duración
del herrumbroso doblón de la ficha
en los corredores excavados en todas las formas del vértigo
electrónico, sin esfera ni pinturas de mapamundos,
del pobre Tron que no escapará jamás del recorrido
de la figura sangrienta,
en los jardines del Hotel del Desvarío,
porque Jack Torrance es el guardián
de las 7 puertas multiplicadas
por la Nada de Tebas repetidas al infinito;
pero si yo te doy jaque a ti

habrás de dejarme vivir,
y dejarme vivir mi vida
vivir mi vida
vivir mi vida y la de los míos
vivir mi vida y la de mis debilitados amigos
agónicos por las imágenes
por el claroscuro del bosque de las imágenes
por el abandono del otro por las imágenes
vueltos a la desolación por las imágenes
hechos jirones de imágenes
hechos harapos sin luz propia
hechos sólo cuerpo refulgente por las imágenes
desmanteladas nuestras frágiles sinapsis neonatas
nuestras inocentes conexiones mentales
por los tiempos de los tiempos
jugando el *video game* de la Muerte
mientras el *Nostromo* se pierde entre las aspas
momificadas de la Cruz del Sur
desparramando sus chorros de sangre inocente.

# *Fenomenología del juego I*

Antonius Block se arrodilla delante de un pequeño confesionario. Esa parte de la iglesia está sumida en las sombras del claroscuro deste filme. Todo es silencio alrededor de Antonius Block. Las imágenes de los santos parecen mirarlo con unos ojos vacuos, de cadáveres. El rostro de Cristo, arriba de la pantalla, tiene la boca abierta, como el alarido de Munch. Abajo, en la bóveda, un demonio acecha a un alma humana, completamente desnuda. De pronto, Antonius Block escucha un rumor tras la celosía del confesionario y vuelve su rostro a él. Por un instante, nosotros espectadores entrevemos el rostro de la muerte. Pero Antonius Block no lo puede ver.

# *Fenomenología del juego II*

*—¿Y si te hubieran tocado las blancas?*

FLORIDOR PÉREZ: *Cartas de prisioner*

La muerte es una impostora
una impostora del representante de Dios en la tierra
pero puede ser una impostora
por la posibilidad de no dar la cara
gracias a que el representante de Dios en la tierra
no puede dar la cara
oculta tras la celosía
pero la impostora puede
una vez logrado su propósito
mostrar la cara
enrostrar su impostura
mostrar las reglas de su juego
puesto que su juego
no tiene reglas.

# *A la hora de la pleamar*

A la hora de la pleamar,
entre la rompiente de esas aguas veteadas y aborrecibles,
yo, Antonius Block, Alvar Nuño Cabeza de Vaca
y González de Nájera
dimos la orden a la tripulación
para desembarcar lo poco que nos quedaba
a las playas de Tebas, la de las 7 puertas electrocutadas:
collares, espejos, sierras eléctricas,
para dejar la Gran Masacre de Texas,
escopetas recortadas, botellitas con sangre,
un búho disecado, trozos de loza y la última cuelga de ajo
que habíamos logrado salvar de las aguas.
Yo miraba la tripulación
sumergida hasta las rodillas
de esa agua café,
pintada sobre el lienzo de una marina carbonizada,
todo esto transcurre en una perversa marina,
un retrato del mar pintado a brocha estéril
con pelo de camello ciego,
donde las aguas muertas salen del rectángulo permitido a la
representación y se coagulan en las filigranas engarrotadas del
marco
que cuelga como un ahorcado fosilizado en lo más vacuo del
Museo
de Bellas Artes de Tebas, la de las 7 puertas pútridas,
huesera o fosa común del arte permitido:
al Hombre-Gallo, barbado,
cubierto de su negro sayal,

las plumas rojas y amarillas
apenas asomando del recto sentido,
entre la borrasca,
el Hombre-Mariposa,
mirando un punto desdibujado, desterrado, destocado,
destrizado,
fuera del paisaje,
con todo el agobio de su forma, esa que denominamos
proteiforme,
apenas caminando
sobre las aguas siniestras con sus cuatro pies,
al Hombre-Lagarto cargando con la Bella-Muerta,
que el caballero Cabeza de Pájaro
ordenó como contramaestre no botásemos al Pacífico,
en su hora final,
no sabemos bien si de escorbuto o malaria,
por si en estas tierras no había hembras
había que descargar en ella semen.
Daba pena de ver, debo hacer crónica de ello,
tanta miríada de enanos macrocéfalos,
tanto pigmeo, tanto gnomo,
gasterópodos, sciópodos y blénidos
desembarcando de la *Juana Guy* y el *S.S. Achab*
inútiles trastos a esas playas
agobiadas por las aguas de El Que Ensoñó Todo Esto.

# *Los 7 malatos I*

Por fin llegamos a la plaza de Tebas, la de las 7 puertas elípticas,
estaba ahí la plaza de Tebas, la de las 7 puertas humeantes,
el centro mismo deste burgo medieval
enclavada como por arte de magia,
la magia magenta que se aprende
tras el azufre o los sueños,
la magia del fuego y el grito,
la magia del oro y la llave,
la magia del ojo y el espacio,
estaba ahí enclavada en una
región que no puedo nombrar
de Sudamérica,
la plaza era una figura concéntrica
de ladrillos desmoronados,
al centro había un surtidor,
de él manaba un líquido purulento,
icor, ambrosía, pus,
no se puede saber bien,
pero ese líquido se desparramaba de la fuente
y formaba riachuelos de los que unas figuras embozadas
en sayal negro
bebían en el más sagrado de los silencios,
en un silencio sólo a veces interrumpido
por el gorgoteo sordo del
ingurgitar de sus gargantas llagadas,
o por la tos que les producía algún coágulo que los atragantaba,
la bebían con las manos a modo de vasija
o directamente de lo que debían ser sus bocas de malatos.

Una bruma azulina cubría la plaza,
los círculos concéntricos que rodeaban la plaza,
el burgo entero.
No cabía duda, eran los 7 malatos:
repentinamente, una de estas figuras
viró entre la bruma con violencia
y calcinó al Caballero Cabeza de Pájaro
con un golpe de mirada:
en lugar de ojos tenían dos luces rojas refulgentes,
estas luces calcinaban todo objeto
cuerpo o
espíritu
en el que se posaban,
disparaban sus fulgores rojos de rayos láser
o de otra índole desconocida,
que hacían añicos las inmemoriales
piedras de la plaza,
tuvimos que comenzar a replegarnos
en círculos medievales, mientras los 7 malatos nos rodeaban.

# *Los 7 malatos II*

Los 7 malatos disparaban sus fulgores rojos
desde las cuencas vacías de sus ojos hacia todas partes,
los árboles fosilizados, las cariátides y las gárgolas caían
desmoronadas
como en las guerras perdidas de los códices prohibidos,
tuvimos que buscar refugio a punta y codo,
para que no nos dieran con sus rayos rojos, los malatos.
Entonces, vimos cómo desenvainaban
sus espadas amarillas y enceguecedoras
avanzando lentamente hacia nosotros,
como una procesión de monjes dementes y lacerantes,
las cuencas rojas les refulgían latientes tras los embozos,
sus espadas destellaban enceguecIéndonos más y más la mira-
da,
de sus belfos chorreaba ícor o plutonio,
avanzaban lentos,
pero inexorables círculos concéntricos,
hacia mí, Antonius Block, Almirante de esta misión,
Alvar Nuño Cabeza de Vaca,
el Mariscal de Campo González de Nájera
y toda nuestra magra tripulación rodeada
por los Juegos de Guerra
de la Muerte.

# *Los 7 malatos III*

A una sola orden, disparamos todos los cargadores
de nuestras escopetas recortadas.
Cuando abrimos los ojos,
los 7 embozados estaban hechos pedazos
y revueltos
sobre las piedras
de la concéntrica plaza de Tebas, la de las 7 puertas.
El puro Hombre-Mariposa cayó en la refriega
parando sus cuatro patas
medio a medio de un triste charco de sangre.
Yo me acerqué a un leproso
que aún respiraba a pesar de los impactos,
me acerqué abriéndome paso
por entre la pestilencia de sus
argamasas sanguinolentas,
cuando estuve frente a él
lo desembocé y le vi el rostro
de malato:
no era cosa humana:
eso, lo borroneado de lo humano,
me escupió a coágulos su mensaje:
—Has pasado a la Tercera Etapa,
suerte, Block, porque nadie había pasado, hasta ahora,
la segunda etapa.
Suerte, Block, y gracias,
gracias
por habernos
dado el eterno descanso.

# *Los 7 gorilas albinos*

Después aparecieron 7 gorilas,
los 7 gorilas eran albinos,
eran las últimas especies sobrevivientes
en la desolada Sudamérica,
estaban protegidos por la séptima enmienda,
gruñían,
para espantar,
se hacían la paja como si éste fuera a ser
el último día del Universo,
de sus humeantes hocicos les chorreaba una sangre espesa,
casi coagulada,
esta sangre caía sobre
7 enormes baberos que les cubrían el pecho,
en dichos baberos estaba pintada la Eternidad,
al óleo,
el pintor debía ser un artista anónimo de estas tierras del diablo,
ya que la Eternidad pintada
en los baberos sangrientos
esta representación de la eternidad
no llevaba firma alguna ni huella del desconocido artista,
nunca supimos si era indio o cristiano,
o mezcla de ambos,
los 7 gorilas albinos corrían describiendo
un círculo,
una elipsis,
como las que describía en el pútrido cielo de estas tierras
el *Nostromo* en su paso sangriento de fantasma;
deben ser distintas representaciones

de este puto cubo del Mundo, pensé yo,
Antonius Block, Almirante de esta misión;
nunca lograrán ponerse de acuerdo al respecto.

# *El pañuelo de seda de Kirilov*

Nos mantuvimos inmóviles en medio de los círculos,
de las elipsis que describían los 7 gorilas albinos
en sus desaforados movimientos,
estos movimientos podrían haber sido un baile ritual
aprendido de paganos,
uno de los gorilas llevaba
el ritmo con unas maracas rojas,
de latón, pintadas a brocha gorda con sangre,
con ellas golpeaba el pavimento
con una furia creciente,
abría grietas en el pavimento ardiente de las cuales manaba
una sustancia pestilente,
fétida a formol,
rezumante a adrenalina,
los baberos salpicaban sangre
sobre los edificios en derruición,
todo se iba haciendo rojo en sus bailes rituales,
todo ritmaba con la sangre en sus bailes rituales,
los semáforos,
las acequias,
las gárgolas a neón,
entonces pude ver al que llevaba el ritmo,
era de un tamaño mayor que los demás,
gruñía más fuerte que los demás,
aventaba más sangre que los demás,
pero eso no era todo,
nunca algo terminaba de ser todo en estas tierras del horror,
el gorila mayor llevaba atado al cuello

el pañuelo de seda de Kirilov
con el que nos despidieron aferrados a los cabrestantes
los únicos sobrevivientes
al varaje del *Rachel* frente a las costas de Jamaica
la noche abisal de la maldita pleamar inversa.

# *De cómo fueron derrotados los 7 gorilas albinos*

Había que hallar forma de derrotar a los 7 gorilas albinos
a las 7 bestias en pena
a las 7 ensoñaciones peludas y pálidas
a los ecos de sus rugidos
que nos daban por todos los hoyos del cuerpo
que nos daban directo y rojos por el hoyo del culo
con sus vergas pringosas, paleolíticas,
con sus manos de forma humana,
aunque humanos no fueran,
menos cristianos,
ni criatura sabida ni por saber;
entonces, el Mariscal de Campo González de Nájera
        abrió su chistera de cuero
y sacó unas flechas de dos palmos y medio
        de cañas de trabas o coleo
y unos husillos de hueso de un jeme de largo
cuya punta asemejaba un falo de hierro tan candente
que iluminaba todo el burgo a la redonda
todos los capiteles, cariátides y gárgolas
y con una bazuca de la Primera y Última Guerra
        las disparó a los 7 albinos gorilas
dándoles medio a medio en sus rajaduras isquiosas
y ahí los gorilas cayeron
por los adoquines de la magra ciudadela
de Chichén Itzá o Tebas, la de las 7 puertas normandas,
abriendo sus chirriantes fauces de lata
echando espumarajos de ácido agnóstico
y fumarolas de gas ziklón

por sus fosas nasales
mientras sus rugidos ininteligibles se fueron articulando
hasta transfigurarse acústicos en un susurro
que asemejaba al ruido de las olas
o al santo Padre Nuestro
cuando ya nada no queda nada para aferrarse
que la última gotita de la santa fe.

# *Discurso del Mariscal de Campo Alonso González de Nájera*

Hice poner sus cabezas repartidas
en las puntas de los palos
de la palizada a la redonda del fuerte
con la del gorila blanco
que poco antes había venido a quemármelo
con la estratagema referida en el Poema Segundo.
Estaba el foso lleno de despojos de las armas que habían
traído los retirados muertos y heridos
(señal bien cierta de haber sido muchos)
como eran maracas rojas de latón
pintadas a brocha gorda
con sangre de cordero para espantar
y baberos de nylon
en los que traían representado el Universo
cual un agujero negro por el que caeríamos
para perdernos en la última dispersión del *big-bang*,
y kuásares y mortajas radiactivos
y otras como gárgolas-racimo
y picas, hachas, adargas, arcos y flechas,
y un gran número por todas partes de hachos de carrizo embreados,
que habían traído
para pegar fuego a lo que quedaba de Tebas, la de las 7 puertas
cartesianas.
Y fue cosa de notar
que el que lo había de encender se halló fuera
del foso metido en un gran hoyo,
que había hecho para estar más seguro de los balazos,

y no se pudo encubrir tanto en su hoyo que,
al contrario de la perdiz dejase su cabeza fuera
tenía un gran pedazo della
que parecía más de algún rascador de
Magnum 44 que de otra cosa;
porque acabándoseles las pocas balas a los soldados,
echaban botones de acero en los jubones,
y otros rascadores de los mosquetes y arcabuces.
Porque de haber la cantidad
de municiones que convenía,
no hay duda que hubiera sido mayor la matanza,
y pasaría a la cuarta etapa
del *video game* de la Guerra de Tebas, la de las 7 puertas,
pues no hubiera tiro perdido en tanto número de enemigos.

# *De cómo enloqueció el Mariscal de Campo González de Nájera*

El aire era pútrido y denso;
la niebla, calcárea, prehistórica,
de cortarla a mazazos:
avanzábamos con el Mariscal de Campo González de Nájera
y Alvar Nuño Cabeza de Vaca adentrándonos
entre la fronda malpensante,
dando cada paso por estas tierras pestíferas
como si fueran los últimos, los perdidos,
buscando la brecha hacia Santa Mónica de los Venados,
idos hacia el Primer Día de la Creación;
fue ahí cuando se encendieron todas unas luces,
unos fuegos artificiales a través de la niebla,
eran neón magro, cartilaginoso y vivo,
magentas y turbias brillaban como por cuenta propia,
fantasmas agónicos,
al verlas supimos que eran un llamado, el guiño de cuenca,
la admonición, titilaban ardientes,
salpicaban las flamas la calle
enmierdando el amanecer
sobre la niebla vencida:
*Almirante Benbow* decía el letrero luminoso,
habíamos dado
con el *Almirante Benbow* de Tebas, la de las 7 puertas
cartilaginosas:
miles de ojos de vidrio atisbaban entre las fisuras,
millares de ojos hueros entre los mármoles,
las ojivales ventanas

y las barbacanas;
eran las indias de bronce
fue ahí cuando enloqueció
el Mariscal de Campo González de Nájera
o ya traía la locura envasada en su cráneo,
nunca lo sabremos bien,
pero ya habíamos dado de sopetón
con el *Almirante Benbow* de Tebas, la de las 7 puertas llameantes,
el edificio palpitaba por cuenta propia,
su estructura era viva, orgánica, latiente,
las indias de bronce comenzaron a avanzar hacia nosotros,
lentamente,
parecían venir en son de paz,
pero el Mariscal de Campo González de Nájera
ya iba por las dañadas
autopistas del desvarío,
comenzó a darles sin piedad a las indias de bronce
se le sumaron el Hombre-Mariposa
y el Hombre-Gallo, barbado,
cubierto con su negro y pestilente sayal
también el Caballero Cabeza de Pájaro
con sus repugnantes plumas,
rojas y amarillas, asomándoseles por el culo,
les ordené que se detuvieran,
que la desobediencia sería castigada sin piedad
en la casa de putas de las realidades virtuales
donde los falos dan con el vacío
y el semen se coagula en la Nada;
pero no hubo manera,
el dañado Mariscal de Campo González de Nájera
comenzó una matanza inmisericorde,
enloquecido por los vahos del *Almirante Benbow* de Tebas,
la de las 7 puertas renegadas,
soltó los perros corsos que
se fueron babeantes y perdidos
tras las indias de bronce que escaparon a la fronda
con sus crías colgándoles de los pechos.

# *La fuente de la doncella*

Y aparecieron cuatro perros sobre el Prado de grama
que refulgía bajo el sol,
eran cuatro perros corsos,
sus belfos babeaban como los perros de Pavlov
en los libros del colegio,
yo corrí, pero mi falda era muy angosta y me impedía
hacerlo más rápido,
los cuatro perros no gruñían ni ladraban,
hablaban como Cipión y Berganza,
los perros guardianes
del Hospital de la Resurrección,
que está en la ciudad de Valladolid,
fuera de la Puerta del Campo,
esos perros a quienes llaman comúnmente de Mahudes,
aunque al principio lo que salía de sus belfos parecían ladridos
eran sonidos articulados,
—cosita— me decían —venga a mamarnos, mijita—
como la falda me molestaba me la saqué y
así pude correr más rápido,
pero más adelante había un bosque y
tuve que adentrarme en él,
era un bosque de castaños
y las espinas me llagaban
la pátina de bronce de mis pies,
iba dejando un reguero de sangre que los perros olían
y les facilitaba la presa, yo,
entonces hablaban los perros
con más furia con más baba,
—Laura Palmer, me decían,

—mira lo que nos cuelga por acá,
ahí fue cuando pensé si había hecho algo malo en mi vida,
supongo que nací mala por naturaleza,
pero no podía recordar bien,
después el bosque comenzó a enangostarse
hasta que se hizo
un estrecho sendero,
las ramas de los espinos me rasgaban los muslos,
me enredaban el suéter rojo italiano que me cubría,
entonces sentí la lengua del primero humedecer mis nalgas
también tuve que sacarme el suéter rojo italiano
y tirárselo en la cabeza al perro que iba primero
para que se tropezaran y ganar
distancia,
pero pronto sentí otra vez sus guturales voces
sus escarnios,
—indiecita de bronce, me decían
—es de miedo con nosotros,
los perros de Mahudes—
el sendero se estrechaba más,
no se veía un claro,
una salida,
esto no es un sueño,
si alguien me ve, esto no es un sueño,
si alguien me escucha, esto no es un sueño,
sólo tengo 14 años
y no quiero morir...

# No woman no cry

Debo peinar mis cabellos
hasta el borde húmedo del ensueño
en que me han atrapado,
peinar sin que me venza el día mis largos cabellos de ámbar
y nunca seré así una Ofelia ahogada,
y nunca así me iré por las aguas aparentes de los albañales,
y nunca así me perderé en la pútrida fuente de las alcantarillas
de la magra Tebas, la de las 7 puertas virtuales,
debo cuidar este feto que llevo en mis entrañas,
cubrirlo con mi cabellera de ámbar
inacabable del frío desta ojival mediagua que me cobija,
rodeada de pantanos y manglares
como los fosos a las tórridas fortalezas
para protegerlas del deseo y la muerte.
Así, yo, Ofelia sobre las aguas del Biobío,
el peor río desta ciudad,
me mantendré firme sobre mi larga cabellera de ámbar,
mientras el *Nostromo* cruza el cielo salpicando sangre seca,
porque así lo dicen las antiguas canciones,
porque así lo dijeron Pink Floyd y Sui Generis,
en sus lenguas muertas, en sus guitarras de cristal,
y aunque el río, las mediaguas ojivales, y los manglares
no sean más que una agónica refracción sobre la pantalla
del Lido,
el más azumagado y pútrido
de los cines de Tebas, la de las 7 puertas de lenguas muertas,
aunque todo esto transcurra
en la afiebrada y serie B

*Máscara de la muerte roja* de Roger Corman,
aunque todo lo que susurro
no sea más que pura pantalla,
yo, la Doncella de la Fuente,
con mi cabellera de ámbar,
protegeré por eones de eones
a este zombie protoplasmático
que se acurruca como la *sonrisa sin gato* en mi vientre,
lo salvaré de sus garras
de cinocéfalo herido de muerte,
porque así lo dicen las viejas canciones que Él quiere negar
las viejas y las nuevas canciones,
*Cream* y *Cranberries*,
que se van de árbol en poste en peste,
de *graffiti* en callejón melodiosas,
mientras Luca Prodán se aleja más del suelo,
y más del cielo, también,
sin miedo, porque, para que lo sepa desde ya,
Él ya no es más
que un cinocéfalo herido de muerte lenta,
un agónico mono poto colorado
la Guarida del Gusano Blanco de su vientre no es más que
una triste mediagua ojival,
apenas refulgiendo por el medieval alumbrado eléctrico
de Tebas, la de las 7 puertas malolientes,
y yo soy una Ofelia niña
que alisa y peina sus cabellos magenta y
placentales que salvaguardan la cosa que llevo dentro
de todos los hedores, de todas las corrientes,
porque así lo dicen las antiguas canciones,
porque así ya lo dijeron Bob Marley y Janis Joplin
y Él no puede nada contra esas voces
que continuarán cantándonos para siempre,
afiebrándonos de fiesta,
por el amor y la gloria,

bruñendo nuestras ateridas conexiones del alma
con las síncopas de sus vibráfonos
o armonías absolutas del canto,
así de idos, perfumados por la renovación,
¡Detenidos!, y en el tiempo la vibración de la voz:
*No woman no cry.*

# *De cómo fue castigado el Mariscal de Campo Alonso González de Nájera*

Me atraparon las indias de bronce y
me condujeron por selvas sudorosas
que olían al primer día de la creación.
Me sacaron armadura, malla y calzones
arrojándome al barro,
tal como el Creador me trujo a la vida,
allá en España.
Después, me untaron las manos con una argamasa
que olía a piedra lumbre, ágata o reseda;
desde entonces, todo lo que toco se vuelve mierda.
Las muy malditas indias de cobre
me transformaron en un Midas coprófilo.
Todo lo que toco se vuelve mierda.
Los alimentos, el agua, mis armas,
las piedras, las flores,
hasta el aire, todo se vuelve mierda.
Mi propia tripulación huye de mí,
su capitán,
por miedo a que los vuelva mierda.
También se vuelven mierda
los troncos, las sogas y la brea
que he ido juntando para hecharme a la mar,
una vez que la mierda se
reseque y flote y, tal vez,
logre arribar nuevamente
a la Madre Patria de donde nunca debí salir.
Pero, ¿cómo haré cuando quiera abrazar a mi madre,
a mi perro fiel, a mi mujer y a mis hijas?

## *De cómo fue hecho prisionero Alvar Nuño Cabeza de Vaca cuando iba a la caza de 7 tapires y 7 rinocerontes entre machos y hembras para saciar el hambre de la guerra con los necesarios terrestres alimentos*

Como el hambre y el tiempo son las crueles trampas
que pone la muerte en sus juegos de guerra,
y estos florecen como noches inmensas
en los profundos campos
de los vientres de los soldados,
una noche de estrellas titilantes como parpadeos de muertos,
andrajosos y febriles,
Alvar Nuño Cabeza de Vaca
y siete hombres de los peor dotados,
se internaron por la vaporosa fronda malpensante
del Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos
que tapizan la felpa de los fétidos pantanos
siguiendo las huellas de 7 rinocerontes albinos,
siguiendo las huellas de 7 tapires albos
como la cara oculta de la muerte,
para hacerse de los terrestres alimentos para la guerra,
para continuar atravesando las luminosas etapas,
para dar finalmente con el último deseo de Baudelaire
y retornar con nuestras naos, la *Juana Guy* y el *S.S. Achab*,
hacia nuestro cristiano y deseado mundo;
todo olía al primer día de la creación,
esa noche de cielos espejeantes y flores murmurantes,
esa noche de cabellos de ángeles agónicos y arte chicano,

esa noche de esperanza goteante y nichos de huevos hueros,
los 7 tapires y los 7 rinocerontes
corrían por el desaforado pantano
en un trote de fatiga, dolor y llanto,
nuestros rayos láser rebotaban
sobre las armaduras de los 7 rinocerontes,
pero los 7 rinocerontes estaban protegidos
por la séptima enmienda y la armadura que les pintó Durero,
y los 7 tapires se sumergían en las miasmas de lo pútrido,
fue cuando llegamos a una especie de aldea,
esta aldea estaba alfombrada de cuero humano,
en las chozas palpitaban cientos de ojos
arrancados de sus cuencas,
todo hedía a sol cadáver cósmico de ausencia eslabonada,
todo hedía a piedralumbre,
todo hedía a placer sin objeto,
fue cuando nos rodearon las indias de bronce,
el betún de judea de sus cuerpos desnudos
nos salpicaba como polvo de estrella,
fuimos hechos prisioneros,
sin más, fuimos hechos prisioneros,
y pasamos de cristianos a prisioneros,
y nunca más volvimos a nuestra condición de cristianos,
y fuimos para siempre
en esa nueva condición de prisioneros.

# *Fragmento de la crónica que dejara Alvar Nuño Cabeza de Vaca antes de huir con 7 indias de bronce con las cuales amancebose y tuvo 7 crías quedando así en condición de bárbaro blanco al medio de la nada y el todo*

Limpiaron un árbol renuevo
en el cual hicieron una cruz,
y habiendo desnudado a uno de los míos,
lo subieron en ella donde fuertemente
le ataron de manos y pies.
Y habiendo hecho un fuego delante de él,
comenzaron luego con toda piedad a cortarle vivo a pedazos,
los cuales ponían a asar en las brasas,
sin moverlos a perdón las quejas,
lamentaciones y ruegos que el prisionero hacía;
pues para piedad o misericordia que les movía,
era como si no le entendieran,
aunque les hablaba en su propia lengua;
porque aquellas hambrientas lobas,
no poco contentas con haber topado con tan buen lance,
para satisfacer su insaciable apetito,
no cesaban de cortar, asar y comer con mucho espacio y risa,
burlándose y haciendo donaire
de las quejas y palabras lastimosas del suspendido mártir;
y viendo él la fiereza de aquellos
empedernidos ánimos y la certeza de su muerte,
y la falta de algún socorro humano,
se volvió a hablar con Dios

pidiendo perdón de sus pecados,
y llamando en su ayuda a la Virgen María
por muchas veces,
hasta que le fue faltando el vigor
para poder más con voces repetir tales invocaciones.
Y antes que acabase de morir,
le abrieron el pecho
aquellas crueles indias de bronce y sacaron el corazón,
cuya caliente sangre fueron chupando y rociando el aire con ella,
sin apartarse de allí,
le acabaron de descarnar las remanentes carnes,
dejando los huesos por aquel suelo,
que a tener aparejo de vino y en qué molerlos,
no dejaran de quemarlos y bebérselos en polvos,
según acostumbran en los pámpanos de los Cárpatos.

# *Los reflejos disecados sobre el manglar (Noche de brujas)*

Cuando llegué al palafito que nos servía de hogar,
se habían encendido las dos luces rojas
de los ojos del búho disecado
que yace sobre el umbral;
esas luces eran mi alarma secreta,
mi señal de advertencia,
debido a los múltiples enemigos
que debo enfrentar noche a noche;
yo venía con los pantalones embarrados,
espesos de légamo y silencio,
jironeados de soledad y de frío,
en mis sienes palpitaba la estrella del amanecer
y en mi frente se agrietaba e iluminaba el vasto miedo:
yo venía así, empapado de admonición,
porque había tenido que cruzar el manglar
que rodeaba nuestro palafito para protegerlo
como los fosos a las antiguas fortalezas.
Antes de entrar, estuve un rato inmóvil frente a la puerta
en medio de un charco de fango y légamo
que parecía crecer desde mi propio cuerpo;
los ojos del búho caían sobre este charco
como dos estrellas rojizas,
como dos cigarrillos ocultos entre la fronda, atisbando:
después advino el crujido de la puerta,
el crujido de mis pasos sobre el piso de tablas,
el crujido de mi respiración en el aire,
el crujido de mi miedo por el espacio:

fue en la pieza de mis 7 hijas:
sobre las blancas sábanas,
estaban sus 7 cuerpos hechos pedazos y revueltos
y sobre los muros, orquídeas de sangre tibia,
sobre el piso, orquídeas de sangre humeante,
sobre la piel, orquídeas de sangre niña:
A Elisa la pasaron a cuchillo por la mitad,
a Miranda le cercenaron de un tajo la garganta,
a Fresia le atravesaron el cuerpo con picana,
Rosario fue quemada con un gran habano
cuyo humo aún perfumaba la pieza,
a Laura la tiraron a matar,
a Paloma le cortaron las alas
y a Luna le aplicaron la corriente sobre el cuerpo
previamente humedecido con toallas:
así las dejaron, pálidas, desmembradas, exangües,
empapadas en su sangre obscura como si menstruaran
por primera vez;
en la pieza contigua,
mis 7 esposas colgaban de las vigas,
colgaban de alambres enmohecidos, a escasa altura del piso,
como murciélagos albinos durmiendo a la inversa.
Como quise abrazarlas una a una por última vez,
la sangre se mezcló con el fango,
las vísceras, con el cieno,
la luz de sus almas desaguadas, con el légamo.
Cuando me iba de ahí,
llegó aquella ambulancia negra
toda pintada de cruces violetas, violentas,
cruces retintas en miedo:
como no había nadie más, dijeron que fui yo.
Entonces me llevaron por las inacabables autopistas del desvarío,
la sirena de la ambulancia
aullaba
como la esquizofrénica de la aldea

pidiendo camino;
después, llegamos a este cubo de hielo
desde donde transmito mi mensaje
y me pusieron estas ropas que ahora me impiden
todo movimiento,
que no me dejan hacer crónica de lo ocurrido.
Sólo puedo pensar,
todo esto que se oye es un puro pensamiento,
una bola de energía que transita sin rumbo fijo, a tumbos,
buscando un tímpano, un oído piadoso;
pero antes logré ocultarme este picahielo en el culo,
así podré escapar deste cubo de hielo y dar con los malditos.
Como ven, hermanitos que me escuchan,
a pesar de estar así,
encerrado en un cubo de hielo,
acalambrado por la apomorfina,
me sobran motivos para vivir.

# *Alvar Nuño Cabeza de Vaca está encerrado en un cubo de hielo*

A Alvar Nuño Cabeza de Vaca lo encerraron en un cubo de hielo.
A Alvar Nuño Cabeza de Vaca lo arrastraron por las inacabables
autopistas
del desvarío
colgando de una ambulancia negra,
toda pintada de cruces violetas, violentas,
cruces retintas de miedo.
Esa ambulancia
aullaba
como la única esquizofrénica de la aldea
pidiendo camino.
A Alvar Nuño Cabeza de Vaca lo tienen encerrado en un cubo
de hielo
y dicen que transmite mensajes.
Cuando viene el atardecer y se acuerda de su manglar,
dicen que transmite sus mensajes.
Cuando se acuerda de sus 7 hijas.
Cuando sueña con sus 7 esposas,
transmite sus mensajes.
Puros pensamientos,
bolas de energía que transitan sin rumbo fijo,
a tumbos,
buscando un tímpano, el hoyo de una oreja piadosa,
son sus mensajes.
Dicen que Alvar Nuño Cabeza de Vaca está perdiendo fuerzas
en esa maldita cámara
de hibernación criónica.

Cuando viene el atardecer y se acuerda de su manglar,
de su palafito.
A veces, a Alvar Nuño Cabeza de Vaca le traen un saxo alto
para que se distraiga;
entonces, toca *Assension* de John Coltrane;
si el hoyo de una oreja piadosa escucha esas improvisaciones
es que está transmitiendo mensajes.
Cuando sueña con sus 7 hijas.
Cuando sueña con sus 7 esposas.
Ahí, Alvar Nuño Cabeza de Vaca transmite mensajes.
Dicen que Alvar Nuño Cabeza de Vaca está perdiendo fuerzas
en esa maldita cámara
de hibernación criónica.
Pero Alvar Nuño Cabeza de Vaca logró esconderse un picahielo
en el culo.
Y las dos luces rojas de los ojos del búho disecado
que yace sobre el umbral del palafito
que le servía de hogar
brillan con más fuerza que nunca.

# *Los mecanismos de la persuasión*

Ronald Silver el Largo,
el antipsiquiatra de la aldea,
le está inoculando malas películas
a Alvar Nuño Cabeza de Vaca vía intravenosa.
Llega al blanco y mullido
cubo de hielo donde tienen encerrado
a Alvar Nuño Cabeza de Vaca cantando su maldita canción:
*¡7 hombres van en el cofre del muerto,*
*Yo-jo-jo, y una botella de ron!*
*La bebida y el diablo acabaron con el resto,*
*¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!*
Alvar Nuño Cabeza de Vaca está agazapado,
fetal, húmedo a olvido
en un pútrido rincón del blanco y mullido cubo de hielo
rodeado de torreones y barbacanas glaciares.
Entonces entra Ronald Silver el Largo,
el antipsiquiatra de la aldea
cantando su maldita canción:
*¡7 hombres van en el cofre del muerto,*
*Yo-jo-jo, y una botella de ron!*
*La bebida y el diablo acabaron con el resto,*
*¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!*
Él le está inoculando malas películas
vía intravenosa a Alvar Nuño Cabeza de Vaca.
He aquí la cartelera:
*M, El vampiro de Düsseldorf,*
*Y Frankenstein creó a la mujer,*
*El regreso del doctor Mabuse,*

*Cementerio maldito,*
*Cabo de miedo,*
*Drácula 1972 D. C.*
*Pesadilla en Elm Street III.*
Entonces Alvar Nuño Cabeza de Vaca sueña,
sueña mucho en la pantalla de hielo
y ve a Freddy Krueger con la cabeza cercenada de Zsa Zsa Gabor
agarrada de las mechas
y Alvar Nuño Cabeza de Vaca piensa que la
cabeza cercenada de Zsa Zsa Gabor
chorreando sangre del cuello
es la cabeza cercenada de su madre
chorreando sangre del cuello
y llora y sus lágrimas son de sangre
y sus lágrimas de sangre
tiñen el blanco y mullido cubo de hielo
donde tienen encerrado
a Alvar Nuño Cabeza de Vaca que sigue llorando
mucha sangre roja
porque sueña que la cabeza cercenada de Zsa Zsa Gabor
es la cabeza cercenada de su madre,
mientras el *Nostromo* atraviesa
las lejanas y sangrientas constelaciones,
mientras Ronald Silver el Largo,
el antipsiquiatra de la aldea,
se aleja por los pálidos pasillos del hospicio
cantando su maldita canción:
*¡7 hombres van en el cofre del muerto,*
*Yo-jo-jo, y una botella de ron!*
*La bebida y el diablo acabaron con el resto,*
*¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!*

# *Mensajes*

Yo estoy encerrado en este cubo de hielo,
y se me están enfriando los huevos,
no sé si pueda procrear,
mas si no logro sacarme el picahielo
del culo, pero duele, se me está ulcerando el conducto
por donde expelía mis humores,
hiedo, el cubo de hielo es como una casa grande,
salpicada de esas flores rojas
que crecen en la tierra baldía que las rodea.
No se acerquen, aunque con los hoyos de sus orejas
escuchen mis mensajes.
Sólo escúchenlos con atención
con los ojos de sus orejas piadosas,
pero no se acerquen
a este cubo de hielo con una ambulancia negra,
toda pintada de cruces
violetas, violentas,
esas cruces están retintas de miedo.
Cuando sale el sol por el lado
de la Cordillera Roja,
me traen historietas,
*El monje loco*,
*El doctor Mortis*,
*Misterios del gato negro*,
*El despertar del mundo*,
*Cuentos de brujas*;
entonces llega Ronald Silver el Largo,
el antipsiquiatra de la aldea

y me inocula apomorfina,
me humedecen el cuerpo con toallas
y me tiran a una suerte de parrilla;
entonces el cubo de hielo huele a salamandra chamuscada,
a bife chorizo,
y ya no puedo transmitir mensajes,
porque me introducen un paño fétido en la boca,
el mismo paño con que la única esquizofrénica de la aldea,
mes a mes,
se tapa el hoyo de entremedio de las piernas.
Pero cuando vuelve la noche
y me traen el saxo,
los hoyos de las orejas piadosas
empiezan, desde lo lejos,
a escuchar *Assension* de John Coltrane,
la música con la que transmito mis mensajes.
Pero no se acerquen a este cubo de hielo,
sólo escuchen
mis mensajes
sin dolor,
sólo con atención, sólo que con mucha atención.

# *The man in the dark*

Alvar Nuño Cabeza de Vaca está perdiendo sus fuerzas.
Ronald Silver el Largo, el antipsiquiatra de la aldea,
le trajo un TV
y películas viejas.
Ahora Alvar Nuño Cabeza de Vaca
se lo pasa viendo películas viejas.
*El hombre invisible.*
*El monstruo del pantano.*
*Nosferatu*
*Alien*
*M, el vampiro de Düsseldorf.*
*The man in the dark.*
Ahora, ya no se escuchan los mensajes
de Alvar Nuño Cabeza de Vaca.
Entonces nos fuimos olvidando
de Alvar Nuño Cabeza de Vaca.
Entonces, la mente de Alvar Nuño Cabeza de Vaca
se fue, poco a poco, obscureciendo, obscureciendo.

# *La escena del crimen*

Un manglar mecido por el viento.
(Imitación viento)
Un palafito de cartón piedra.
Dos luces envueltas en celofán rojo,
apagadas.
Un búho taxidérmico sobre el umbral.
7 muñecas hechas pedazos y revueltas.
7 maniquíes hechos pedazos y revueltos.
La colilla de un habano, apagado,
sobre las tablas del piso.
Una toalla podrida.
Alambres enmohecidos colgando desde las vigas.
Una argamasa de pintura y fango.
Un revoltijo de vísceras de cerdo y cieno seco.
Orquídeas de látex, resecas sobre las sábanas.
Orquídeas de óleo frío, resecas sobre el piso.
Orquídeas de esmalte magro, resecas sobre huesos de rata.
Un búho taxidérmico sobre el umbral.
Un manglar mecido por el viento.
(Imitación viento)
Y sobre las tablas de la puerta del palafito,
escrita con sangre,
roja, reciente, caliente,
esta inscripción:

DENTRO DE LA JAULA DE MI CEREBRO
TENGO PRESO UN PÁJARO AZUL
QUE QUIERE SU LIBERTAD.

# *Los sentidos de la representación I (Bergman)*

*¿Qué es lo que representa tu pintura?*
*La Danza de la muerte.*
*¿Y ésa es la muerte?*
*Sí. La que acaba danzando con todos nosotros y llevándonos consigo.*
*¿Pero por qué pintas todos esos horrores?*
*He pensado que hacía falta recordarle a la gente que debemos morir.*
*Sí; pero eso no les hará más felices.*
*¿Y por qué diablos se ha de tratar siempre de hacer feliz a la gente?*
*Creo que, de cuando en cuando, también se les debe meter un poco de miedo.*
*Tal vez sea esa tu opinión. Pero ellos, en vez de mirar tu pintura, cerrarán los ojos.*
*No lo creas. La mirarán, puedes estar seguro. En realidad, una calavera ofrece mucho más interés que la más hermosa mujer desnuda.*

# *Los sentidos de la representación II (Bergman)*

*Contempla mi pintura. Mira cómo se hinchan los cuellos hasta parecer que van a estallar. Cómo se retuercen los cuerpos. Y cómo se tensan los miembros al igual que si se tratase de cuerdas... Éste es un apestado. ¡Contémplalo!*

# *El dios del miedo I*

Son los 7 contra Tebas.
Es el gas del miedo del espantapájaros.
Alguien dispara en pleno sueño.
Hay pánico en Tebas, la de las 7 puertas, con sus 7 trancas,
aunque esté así toda amurallada.
Es el espantapájaros.
*M, el vampiro de Düsseldorf.*
Gas.
Gas Ziklón.
Los Seres de la Noche cagan oro en pleno metro.
Los Seres de la Noche cagan oro en pleno mito.
Los Seres de la Noche cagan oro en pleno 0 absoluto.
Lobos Garú, Lobos Garú, Lobos Garú.
Aurelia, no nos abandones ni de noche ni de día.
Es el gas del miedo del espantapájaros
que va y viene como Roderick Usher por su casa.
Nadie cruce el foso que proteje Tebas, la de las 7 puertas, de los
sueños.
El miedo entra en los sueños como el maelstrón en las caletas:
*El miedo es el inicio de la sabiduría.*
—Por eso adórenme gente de Tebas, la de las 7 puertas:
Tienen hasta medianoche o toda Tebas,
la de las 7 puertas, desaparecerá en lo vasto
del Océano de los Cipreses Grises.
Tienen hasta medianoche.
Medianoche.
Medianoche.
12 p.m. en sus míseros relojes pulsera.

# *El dios del miedo II*

Tebas, la de las 7 puertas, es
un caos
Tebas, la de las 7 puertas, es
un caos

*M, el vampiro de Düsseldorf*,
el espantapájaros, ha liberado
su gas del miedo en varios
lugares de Tebas, la de las 7 puertas

toda la ciudad crepita
en un arrebol arrobador y perpetuo
como todo arrebol que se precie en la Belleza del -0 y el Nunca
Jamás
en los rincones afelpados de burbujas de Campari bigoteado
del *Almirante Benbow*

El techo del *Almirante Benbow* se derrumbó
sobre las indias de bronce
perdidas en las burbujas del Campari bigoteado
ensoñando tras su miserable betún de judea
la belleza arrebolada del -0 y los otros tantos menos de sus vidas
hay vómito mucho rojo de Campari bigoteado por los albañiles
los ojos se salieron de las órbitas
y fluctúan densos hacia la materia ígnea
de los inicios

y el *Nostromo* cruza los cielos
desparramando despojos de Matadero Municipal

sobre Tebas, la de las 7 puertas, hay una imagen
del espantapájaros
de *M, el vampiro de Düsseldorf*
de la llorona de Liechtenstein

de la Buena Nueva escrita para las indias de bronce
por Bernal Díaz del Castillo en forma de
666 pliegos de hígados perforados entregados a las sifilíticas
sinapsis de un cerebro electrónico IBM 7070
con fragmentos de *Ubu Roi*,
de *Las elegías* de I Thor y Melmoth, el errabundo

si Tebas, la de las 7 puertas, no lo adora
como que hay Dios
se vendrá Tebas, la de las 7 puertas de hielo, abajo.

# *El dios del miedo III*

*Tienen pocas palabras para el miedo:*
*ansiedad, nerviosismo, susto, horror, terror, angustia:*
*sus mentes no dan para más,*
*Antonius Block,*
*cuando yo, el espantapájaros, domine, habrá miles de palabras*
*para el miedo,*
*para cuando sientas que en tu cama, un muerto tira tu tobillo...*
*miles de palabras para el miedo.*

# *Las intercambiables, múltiples formas del miedo*

Un puñado de monedas ensangrentadas
en la palma rosada de la garra del cinocéfalo herido para
siempre,
del Nosferatu de los bares
girando para siempre en el séptimo círculo
de la rueda de la fortuna.

Un tenue aire fétido a alcohol
soplando y soplando al medio del cerebro de
los aldeanos arremolinados bajo los muros
que rodean Tebas, la de las 7 puertas abyectas,
la ciudad que nunca
llegará al mar si el mar no viene a ella.

Nada, finalmente, la sombra del miedo
superpuesta a la sombra
de la peste.

Pálida la luna, más pálida que nunca,
sobre el medieval alumbrado eléctrico
de Tebas, la de las 7 puertas y sus 7 trancas.

*M, el vampiro de Düpsseldorf*,
arrastrando la caja con arcilla de su tierra natal
por los baldíos sin ley
de Tebas, la de las 7 puertas y sus 7 aldabas.

# M, el vampiro de Düsseldorf
## *(Villon)*

No tiene ni pie ni mano ni nariz ni ojo,
sólo cuencas, inacabables cuencas que atraviesan un vacío
brillante como autopista de miedo,
una autopista que desemboca en el puente
tras el que esperan los fantasmas,
tras el puente
donde los fantasmas salen a tu encuentro.
No tiene entrañas ni nervios ni seso ni hueso,
sólo calcáreas fulguraciones que penetran las ventanas
de los edificios estucados de cuero rancio,
y rebotan como criadillas crudas en los muros descascarados
donde todas las ventanas son un ojo que guiña al vacío,
un sueño inoculado burbujeante,
ácida coca-cola avinagrada,
hiel envasada que no sacia ninguna sed.
*M, el vampiro de Düsseldorf*
no tiene pie ni mano ni nariz ni ojo.
Es un puro desgarro deshilachado cuchepo pintado por Dix.
Orejón chupasangre desdibujado por el ojo de Murnau.
No tiene ni pie ni mano ni nariz ni ojo:
es un puro traje relleno;
¿de qué?, ni de ratas, *¡Pardiez!* ¡De paja!

## *Antonius Block, Almirante desta misión, bajo los efectos del gas del miedo, pregunta por su condición*

Una tras otra, oleadas de miedo me recorren.
Mi corazón se acelera.
¡No sé quién soy!
¿Un robot programado para obedecer a la orden de Dios?
Mi mente, todo mi ser es de otro.
¿Quién soy yo bajo el yelmo?
Las interrogantes atormentan mi mente vaciada de respuestas.
No soy nada.
No soy nada.
No soy nada.
¿Un robot programado para obedecer a la orden de Dios?
¿Quién soy bajo el yelmo?
¿Una rata de yeso fosilizada en el umbral del laberinto?
¿La boca desolada del Mariscal de Campo ante sus hijos destasados
como las bestias en los Grandes Mataderos Bajo la Luna?
¿Antoine de Roquetin oyendo, con todos los agujeros de su cuerpo,
los cantos chirriantes de los esclavos de Harlem?
¿O, nuevamente Yo, tal como Roquetin, oyendo
con todos los hoyos de mi cuerpo,
y 9 hoyos más,
otro canto de gozne herrumbroso,
otro clamar de esclavo en pena
su *works song*,
que, tal vez, por ésta,
esta única vez y nada más en el concierto
de las esferas impúdicas,
entorne la puerta, y mi oreja.

# *Tres fábulas narradas por la muerte*

## I

Todo es cosa de dar —y esto lo sabemos por los siglos de los siglos— con la palabra prohibida y clavarla como un alfiler de costurera del infierno en los cráneos de todos los habitantes de una ciudad o una campiña. Es el gesto de la sangría como la llamaban los doctores del medioevo, mas no el gesto de la persuasión. Es un acto de guerra fría: proferir, sin cansancio, los signos adecuados al deseo de los hombres, mas no su decodificación mas no su sentido anterior o ulterior. Sólo el efecto y el gesto que de él devenga. Así actúa el mar y así continuará haciéndolo más allá del tiempo en que no quede el planeta que lo alberga ni galaxia ni universo. Así actuará el mar y ha actuado desde siempre y vean los resultados. Nadie como él puede con sus movimientos de espumas y corales y plancton y su suceder de ola tras ola, nadie como el mar ha logrado, con sus fulguraciones, fulgores y empujes, con sus encadenamientos de flujos y reflujos, en el hombre, más horror y estupor, más paz y armonía, más epilepsias y calambres mentales. Y en ese más allá aún del tiempo continuará haciéndolo, aunque se haya quedado sin espectadores en el teatro del cosmos, aunque ya haya desaparecido fusionada con lo absoluto el último hueso del último cadáver de la última fosa común, porque el mar continuará después que el universo sea sólo una bola de hierro del puño de tu mano, el mar y sus aves, sólo que una especie de ave a la que ya me referiré a su debido tiempo, como siempre las llamadas elegidas.

## II

Yo conozco ciertas formas de la violencia que dejan sus vibraciones palpitando como corazones despavoridos en el reino subterráneo de los insectos y los gusanos, bajo el musgo y el humus, muchos siglos después que el mismo olvido del que los padeció se haya apagado tras la muerte como los maravillados ojos facetados de los astros.

Y quedan estas formas de la violencia en los espejos astillados de la concavidad que las cobija en su facetación como la herrumbre ingrávida suspendida en una lluvia congelada en el momento mismo cuando el acto de violencia fue llevado a cabo. Siglos, evos y migraciones pueden sucederse los unos a los otros sobre esos parajes, yermos o ciudades, aldeas o imperios, y sus respectivos nombres y los hombres que las han así nombrado y su olvido y confusión en los mapas, y la memoria enlutada deje caer su sombra en las tumbas donde se retorcieron los cuerpos de las víctimas, continuarán insomnes esas formas para volver a ser reveladas sin comprensión en un nuevo drama por otros individuos o ejércitos.

Hay ojos que, como los cadáveres astrales del firmamento que ves noche tras noche, ya se han hecho polvo en sus abigarradas momias y sus sepulturas y se han mimetizado con los brunetes de la tierra y las hojas póstumas y sin sentido de los helechos, mas continuarán abiertos como bóvedas o fondeaderos despavoridos sin descanso ni sosiego en sus dársenas resecas, en sus sepulturas invisibles pero olorosas como frutas de estación.

"Ya satisfechos por su orden ritual todos sus votos."

# III

## *Aliens*

*A Simón y Diego*

### 1

### Morfología del monstruo (Maeterlinck)

El pétalo inferior adornado en su nacimiento, de carúnculas bronceadas, de barbillas recias y de bubones lila de mal augurio, se prolonga sin fin, de una manera loca e inverosímil, en forma de cinta en espiral, del color que toman los ahogados después de un mes de permanencia en el río. Del conjunto, que evoca la idea de las peores enfermedades y parece desarrollarse no sé en qué país de pesadillas irónicas y de maleficios, se desprende un horrible y fuerte olor a macho cabrío pestilente que se esparce a distancia y revela la presencia del monstruo.

### 2

### La nave

El *Nostromo* es una nave inmensa.
Una nave espacial inmensa impregnada de presagios
y recuerdos de sangre turbulentos:
tiene la forma de la orquídea,

tiene la forma de su flor,
tiene la forma de la boca fantástica y hambrienta
del dragón chino.
El *Nostromo* es una nao espacial infecta,
el *Nostromo* es una nao espacial hambrienta,
el *Nostromo* es una nao espacial inmensa,
cuya inmensidad, de inmensa,
se defiende de lo minúsculo
con los tumbos, con los golpes de infinito espacio.
El *Nostromo* es una nave espacial inmensa impregnada de
presagios
y recuerdos de sangre turbulentos.
Su labio inferior se prolonga y pende
en forma de festón y desgarro;
(es el descenso o descanso del encierro)
su labio superior, redondo como el del Monstruo,
la Tierra azul en la lejanía,
el mismo Universo,
forman esta capucha viscosa que ahora nos encierra,
¡sientan!
con sus malditos órganos contrahechos,
absorbiéndonos.
El *Nostromo* es una nao espacial inmensa,
una nave espacial impregnada de presagios
y recuerdos de sangre turbulentos:
¡Ahí está el torso de su asquerosa flor!,
la negra,
al lado de un silencioso pedúnculo,
más acá hay un espolón, como un espolón de proa,
un largo cucurucho puntiagudo,
un largo cucurucho puntiagudo que va cortando el espacio
en múltiples eternidades desiguales
que desgajan las ondas que contienen el Universo
y diseminan las partículas de la muerte en las partículas
del tiempo.

El *Nostromo* es una nao espacial inmensa,
una nave espacial inmensa
impregnada
de presagios y recuerdos de sangre
turbulentos.

## 3

¿Cuántos murieron en el *Nostromo*?
7. Sólo 7.
¿Cómo fueron sus muertes?
Yo qué sé. Sólo los muertos saben de su muerte.
¿Fueron muchos los muertos?
Ya lo dije: 7, sólo 7.
¿Sufrieron demasiado?
Mira sus momias:
sus manos hechas garras,
sus gestos hechos rictus,
sus deseos hechos distancia.
¿La disección evidenció dolor?
Nunca una disección evidencia dolor.
Nunca una disección evidencia placer.
Una disección sólo evidencia la muerte.
¿Y el octavo?
No sé de ÉL.
¿Puede proliferar?
Siempre vuelve.
¿A pesar de las medidas de seguridad?
Siempre vuelve.
¿No se cansa de tanta muerte?
No se sabe de ÉL.
¿Lo mueve la crueldad?

No se sabe de sus conceptos.
Pero, ¿incubará nuevamente?
¿Nunca falla?
Por sus venas corre ácido.
¿Aliens?
Aliens.

# *La bruja I*

Estamos medio a medio de un frondoso claroscuro.
Al fondo de la frondosidad del vacío del claroscuro,
una ronda nocturna se desgaja de las tinieblas
como un fuego fatuo, como una aparición, otra más.
La bruja es conducida a la hoguera,
vean,
la bruja es conducida a la hoguera,
una vez más,
la bruja es conducida a la hoguera.
La escoltan 7 soldados
que avanzan con la lentitud de la peste,
con la lentitud del orgasmo de la muerte.
Ella va sentada sobre la carreta,
ella va sentada sobre la carreta de las brujas,
una vez más, ella va rumbo
a la hoguera sentada sobre
la carreta de las brujas,
con una cadena de hierro alrededor de los brazos
y el rostro levantado hacia el cielo.

# *La bruja II*

Veo que te han hecho daño en las manos.

(La bruja vuelve su rostro de niña a la pantalla y niega con la cabeza)

Yo puedo ofrecerte alguna cosa para calmar tu dolor.

(La bruja vuelve su rostro de niña a la pantalla y niega con la cabeza)

¿Cómo te llamas?

(La bruja vuelve su rostro de niña a la pantalla y niega con la cabeza)

¿Qué edad tienes?

(La niña vuelve su rostro de bruja a la pantalla y sonríe)

—14.

# *La bruja III*

Dentro de las fulguraciones de luna del claroscuro
los soldados tiran de las cadenas de hierro,
los soldados arrastran las cadenas de hierro sobre la piel de la bruja
la cabeza rasurada de la bruja brilla en el claroscuro
la bruja reluce como una santa al centro del claroscuro
la luz de la luna ilumina la faz de la virgen
su boca que se abre como el alarido de Munch
su boca que se abre como para recibir la santa hostia
su boca que se abre como para besar, suavemente, la luz de la
luna,
y yo, Antonius Block, Almirante de esta misión,
le pregunto a su pálido rostro de espejo;
—¿Es cierto que has tenido comercio carnal con el demonio?
Ella inclina el espejo de su rostro sobre los harapos de su pecho
—¿Es cierto lo que ellos dicen, que has tenido comercio carna
con el demonio?
—¿Por qué insistes tanto en hacerme esa pregunta, Almirante
—Quiero encontrarlo yo también.
—¿Por qué, Almirante?
—Quiero preguntarle sobre Dios. Si existe, él debe saber má
que nadie sobre Dios.
—Puedes encontrarlo cuando tú quieras, Almirante.
—¿Cómo?
—Bastará que hagas lo que yo te diga.
—¿Qué debo hacer?
—Mírame a los ojos, Almirante.
—Solamente veo en tus ojos el miedo que anida en estas tierra
—Entonces, ¿no lo ves, Almirante?

—No.

—Vuélvete, es posible que se encuentre a tus espaldas.

—No hay nadie.

—Está conmigo en este baldío sudamericano, y eso es suficiente.

*Al momento de calarse las armaduras de combate*
*no se sabe contra quién se va a pelear*
*(Huidobro)*

Yo, Antonius Block, Almirante de esta misión,
en el momento de calarme, fría, siempre tan fría,
que es el frío de la muerte presentida,
las armaduras del combate, de la crueldad,
de la crueldad amanecida del campo de la guerra,
del paisaje de la guerra en estos lugares enardecidos
por el odio sin origen
del Maestre de Campo Alonso González de Nájera,
al que se calaron las indias de cobre
y un número incontable de perniciosos cautivos,
de origen arrebatado por un tiempo más allá de los tiempos,
acá en estos lugares donde a veces Dios amanece nublado,
y su faz es una faz enrojecida por un aire venenoso
una faz enrojecida de rojo de pira,
de rojo de miríadas de hormigas que nos envió el rey Fernando
desde las tierras de más al Norte,
de rojo de miríadas de hormigas carnívoras,
de plagas de secuaces de la muerte,
rojo de hogueras, de hogueras donde arden niñas brujas,
condenadas por la Ley de la Evidencia Espectral,
floreciendo en infiernos desiguales
donde en nombre de Dios se las envía,
rojo, rojo de fruta carnívora en llamas
de un fuego que no es carnal
que las consume,
pobres muñecas de goma o maniquíes de Elm Street,

esas mal llamadas brujas
por los cenobitas de la fobia en cable,
y uno mira cómo cada lengua viscosa
emerge desde la pantalla
hacia esos capullos humeantes en los grises días de las quemas,
y ellas sin fuente ni doncellas que las calmen,
sin una mísera esponja para sus labios magenta,
ese vigor de fuego que les va buscando
el centro pliegue a pliegue,
nervio a sinapsis a hueso cartón piedra
de maniquí humeante,
y el 7 es el número de Tebas, la de las 7 puertas,
y el 7 es el número del combate,
y el 7 el material de las armaduras del combate,
y ya tampoco se sabe el material de las armaduras del combate,
si de hierro o de barro,
si de sombra o de humo,
si de aire o de carne,
porque quizá no sea sangre
lo que despinta las armaduras del combate,
sino las armaduras del combate
son ellas mismas sangre sobre el cuero,
las armaduras del combate están hechas de sangre,
es la misma sangre la que protege de la sangre,
cuando Dios se pone nublado al fin de la jornada,
y las piras iluminan de lamentos la noche,
y no es el Lobo Garú el que aúlla por la noche,
son las indias de bronce las que aúllan por la noche,
es la Ofelia de pelo ámbar la que aúlla por la noche,
es la doncella sin fuente la que aúlla por la noche.
Y no es el bosque el que cruje por la noche.
Es la carne de las niñas de Salem la que cruje por la noche.
Los huesos de las niñas de Salem los que crujen por la noche.
Y sus cabellos hechos flamas los neones que iluminan el bosque.

# *Primer nocturno en Tebas, la de las 7 puertas (Melodía fúnebre)*

*Todo perro podía ser náhuatl, continente de una desdichada alma humana.*

ABEL POSSE: *Los perros del Paraíso.*

Hay un punto ineficaz en la intersección
de los senderos ojivales por los que se adentra
sin astros la noche viva
en el continente sudamericano,
caída del hollín prematuro con que el cielo se acerca
a la cara oculta de la tierra y, entonces,
los pantanos de los sueños que han enfermado
de ausencia de color,
hacen que el que vigila se agache
ante la yegua de la noche
como el alucinado tahúr
sobre las pringosas cartas de la derrota,
sobre un esparadrapo de reseda que estruja
toda la conciencia de lo vivido y por venir
en vano de las 9 vidas que ciegan
los ojos de una pantera herida
en la mitad del callejón sin salida,
con cada ojo yéndose de corredor en corredores, hambrientos,
de perros hambrientos
de caravanas de perros de esos que llaman de Mahudes,
de perros procelosos y mascullantes,
como un par de astros de pelambre negra,
de perros que son náhuatl,
de náhuatl que son vasijas de desdichadas almas humanas,
de desdichadas almas humanas
que navegan en las vasijas peludas y pardas

de los perros de la noche,
de perros que mean fuego en Elm Street
en un cementerio de automóviles
en el útero del único cine de mi infancia
en una ciudad colonial y lejana
aquende un faro y campanarios.
Y el *Nostromo* atravesando el gris firmamento
tras su estela de sangre polvorienta.
Y el verde.
Un verde hecho de neones desparramándose inservibles
sobre las calles después del después de hora criollo, neones
con vida por cuenta propia, antropomórficos, sanguinarios,
somnolientos y asesinos.
Un verde que no sabe ni cómo ni dónde tiene de
tanto verde indescifrable por noche
en bahías, en páramos, en callejuelas perdularias
donde pasea un camello ciego
abandonado por un circo venido desde Tánger;
un camello ciego que valía su peso en doblones,
en mujeres de alabastro de cántaros etruscos
y perlas negras de los mares del sur.
¿De dónde el valor crucial de esos
andrajosos artiodáctilos rumiantes,
miserables bestezuelas venidas
del Asia Central a los circos
de mala muerte que se escabullen por la ciudad
en el sigilo de la sombra;
de dónde lo sagrado de esas naves
sin velamen de ojos legañosos, magullados, costrosos,
con esas 2 gibas en el torso formadas
por acumulación de tejido adiposo?
¿De dónde el valor de ese camello
que rumia la noche sabiendo a ciencia incierta
que no pasará por el ojo de la aguja
para ir a morir en el lecho desértico y sin estrellas del Biobío?

Y el *Nostromo*, fantasma, diseminando las partículas de la
muerte
en las partículas del Universo.
Es el acuario de la noche
donde todo es posible,
como ese mendigo apoyado en el farol de la esquina
leyendo la página 47 de *Madame Edwarda*,
Ediciones Tusquets, Colección La Sonrisa Vertical:
ese mendigo al que se le asoma
el gollete de una botella de vino tinto y en
los ojos. ¡Y qué ojos! si no fuera por la noche.
¡Qué de rojo en cada córnea!
Mientras en las cornisas,
ahí asoman sus cogotes las lechuzas y 2 murciélagos
primos hermanos de Bela Lugosi y
sólo porque no ven no lloran
la ausencia de la luz. ¡No hay luz ahora!
¡Y cómo en la penumbra han intentado hallar
ese punto ineficaz que se halla en la intersección
de los senderos que surcan
como las huellas del caracol nocturno
vitrificado en un rectángulo de agua muerta
de fantástica Tortuga Ecuestre,
asfaltada de lumbre tejida de pelo tierno;
en la noche, acá mismo,
esos mendigos a los que se le asoma el gollete de una botella
de vino tinto en el bolsillo del paletó!
¡Y esos ojos!
¡Qué ojos!
Esos ojos que han visto las hogueras inasibles de la noche
donde arden las brujas niñas de Salem
acusadas por Evidencia Espectral.
La noche, donde las garras de los hualles se aferran a la monda
calavera pálida de la luna
dejando sus huellas en aquellos mares polvorientos,

sin luz propia,
del destino del satélite,
en sus cráteres de ceniza astral, nada palpable,
mientras un viejo en una mansión gótica
va clavando con la paciencia
que da la vecindad de la muerte,
mariposas africanas y sudamericanas
en un insectario cubierto con tela de billar roja;
mariposas que aletean durante la noche
en la modorra de su agonía invertebrada
de la que sólo es testigo ese viejo miope habitante de la noche
en su mansión gótica de vitrales cubiertos de percebes
como el cadáver sagrado del marinero escocés
que pudo ser mi abuelo,
también cubierto de percebes
al final de su viaje huyendo de Erskine,
huyendo del fuego
para dar en las brazas tras brazas
y brazas de mar desde Escocia,
no sé bien si de las Tierras Altas del Norte
o las Tierras Bajas o las Tierras Altas del Sur,
porque no cabíamos al fuego, y, así, entró ese abuelo a la ciudad;
y para que la noche sea más aún noche
suele bramar, sí, brama un poco,
un poquito nomás el mar en las dársenas
de una caleta abandonada en Quintay,
donde alguna vez floreció una ballenera,
y por todo recuerdo de ese esplendor de factoría abandonada,
en el límite donde la rompiente define las formas de la costa,
una cabeza de ballena blanca,
apenas,
sigue el flujo y reflujo de la doble marea,
mientras una gavia atraviesa el horizonte, más til mayor de la
noche,
y pasa mutando el material del aire en la materia del mar

con todos los desechos del océano,
con su suspensión orgánica y ropaje de ahogados y ojos hueros
desuperstición marinera,
mientras los dedos del viejo, manchados de polen,
clavan y desclavan las mariposas en la felpa de billar roja
y un leve airecillo fétido se lleva el polen ya vano
hasta los mesones recubiertos de vinil del *Almirante Benbow*,
el único bar abierto en Tebas, la de las 7 puertas sin ley,
donde un borracho ha alcanzado la ingravidez y se asoma
a un charco de whisky bigoteado
de las rojas barbas del marino escocés,
que puede ser el espectro de mi abuelo,
y erupta, perdón, dice en un dialecto anglosajón y turbulento,
asomado a esa alcohólica mancha roja, como se asoma
el amante sobre el cadáver de la amada y descubre
en los ojos aún abiertos de la muerta, recubiertos por el polen
de las mariposas clavadas por los dedos trémulos
del viejo miope de la mansión gótica,
una nueva, insospechada forma de amor;
pero ya es tarde, porque la muerte,
porque la noche se ha dejado caer sobre el continente y su oro
pardo
y los 11.000.000 de habitantes de Tebas, la de las 7 puertas
rimbombantes,
(según un viejo y sepiado censo)
están lastrados en el petróleo de la dársena
y la cabeza de la ballena blanca aún está varada
en el flujo y reflujo de la doble marea
que se interna por las calles de la caleta de Quintay
y un marinero
y un mendigo
y un niño de Murillo
y una puta
y las pergoleras sin casa,
van aventando flores a un cortejo fúnebre ensoñado,

porque no puede haber noche sin cortejos fúnebres;
imagínate una noche sin un cortejo fúnebre
y sin pergoleras sin casa
arrojándole los pétalos de los azores marchitos
que sobraron a los cortejos fúnebres de los burgueses,
durante el día:
desde nunca puede haber noche
sin cortejos fúnebres invisibles y pergoleras
arrojándoles pétalos de azores marchitos bajo la llovizna.
¡No, desde nunca jamás puede haber noche sin ellos sin ellas!,
sin perros que mean fuego en cementerios de automóviles
sin náhuatl,
sin Tortugas Ecuestres,
sin camellos ciegos de un circo miserable de Tánger
en la noche absoluta de Tebas, la de las 7 puertas entrancadas,
porque ya pasó el sereno por la comarca medieval y su lamparilla pregonando
con sus brillos afásicos:
¡La noche han dado y llovizna!
¡La noche han dado y la Furia!
¡La noche han dado y el Vacío!
Mientras, a lo lejos, tras la ventanilla
alumbrada de verde de un zaguán
en el que al amanecer se suicidará un poeta negro,
si acaso vive ahí en ese zaguán algún poeta negro,
si aún existe en Chile un verdadero poeta negro,
anciano prematuro como debe ser un verdadero poeta negro,
(En este punto de nuestro Nocturno debemos aclarar que un poeta negro escribe poesía negra y que la poesía negra de ser "NEGRA como la noche, como la memoria, como el placer, como el terror, como la libertad, como la imaginación, como el instinto, como la belleza, como el conocimiento, como el automatismo, como la videncia, como la nostalgia, como la nieve, como la capital, como la unidad, como el árbol, como la vida, como el relámpago")

que puede estar escribiendo
un nocturno habitado por panteras
y búhos y un viejo coleccionista de mariposas
que clava con oxidados dedos
en insectarios de felpa roja de billar;
ahí, en ese zaguán,
se escucharía, apenas, en un viejo disco
absolutamente inverosímil,
en un gramófono girando en el vórtice
del maelstrón de *El regreso del doctor Mabuse*,
(porque tampoco puede haber noche ni nocturno sin el
doctor Mabuse en plena República de Weimar confabulando
contra la humanidad por hinopsis
tras los muros de piedra del hospicio)
con toda la náusea de Antoine de Roquetin
por las cuerdas acústicas de los esclavos muertos,
(si vive ahí, en ese zaguán, algún poeta negro y prematuramente
miope
que escribe de mariposas crucificadas sobre felpa de billar roja
con sus dedos oxidados de alfiler y
que se suicidará al crepúsculo del alba)
se escucharía, apenas confundida con el bramido del mar,
una melodía,
no para el mendigo,
no para el niño de Murillo,
no para el cortejo fúnebre,
no para las pergoleras;
¡no!;
una melodía fúnebre para
los faroles,
una melodía fúnebre para
las putas de los faroles:
Charlie Parker,
*Love for sale*.

# *Segundo nocturno en Tebas, la de las 7 puertas*

*Noche cerrada. El tremendo giro de los astros*
ABEL POSSE: *Los perros del Paraíso.*

Es ése, el *funesto alegórico*, el que regresa a cuatro pies,
así, regresando, haciéndose el perro
perdido de la noche, el infaltable dogo
que mea fuego, el que merodea,
el que olfatea el hedor del criminal más inocente
por los recovecos que no cesan de desangrarse,
de repartirse por los 4 costados
tendidos de esta ciudadela gótica con
sus viejas vigas cruzadas
como el madero descreído, aciago, sin rostro
ni muestras de beatitud.
¡Y a qué ritmo!, a un ritmo de mayores velocidades
del que puede ya mi mano agarrotada por la síncopa,
abandonada por espacios de blanco
que llamaré eones a falta de otra nominación congruente,
para demandarles la distancia
que va dejando hacia mi mente
anegada por la pútrida y veteada agua
de las cascadas calcáreas en contemplación,
resumideros o desagües,
el Biobío o el canal del Beagle, el Laja o el estero Marga-Marga,
y la distancia es tanto vasta para este magro cuerpo que me
alberga,
que no puede más que avizorarle lejos,
lejana migración suspensa,
allá en su uniformidad en V de grullas negras,
cuerpos, cuerpos en V como grullas negras
de áureos picos que van a picotear

nuevamente las entrañas de los ladrones de los divinos tesoros
en justicia terrenal y sin palacio
o lo invisible de sus fantasmas
o lo que ha quedado flamígero, bajo un neón, de sus ritos;
porque por la noche todo es invisible, inasible,
todo tiembla como un viejo rito y ya es la memoria
un objeto precioso sin causa humana que lo justifique en su
fantasma;
porque en la noche todo es fantasma,
vitrificación de los ensayos diurnos por ser en lo etéreo
de los callejones sin salida,
y cada mancha de puta, travesti o crimen por pasión
sin pena ni gloria;
una cornucopia o una gaita inmemorial y azulina
sin causa humana que las haga justificable a la palabra y nada se
ve y es mentira que la noche tenga materiales,
que haya materias preciosas encontradas,
como esas dos vigas aherrojadas
en un pontón asemejando cruces discernibles para el insomne;
el insomne ya ha luchado todas sus posibles,
innumerables batallas y,
cansado, agobiado, arrastra su cuerpo
por las calles atestadas de cadáveres
que él soñó en sus batallas de juguete,
sus campos sembrados de cadáveres de juguete,
de guerreros de madera en caballitos de carrusel,
el insomne, el héroe, ya fue derrotado por un manchego cetrino,
por un filósofo tuerto y libidinoso
o por su propia apariencia de mendigo;
y es el insomne la única víctima
multiplicada de su Estado de Sitio,
por 11.000.000 de habitantes que no pueden cerrar sus párpados,
por 11.000.000 de motivos distintos,
desde el sexo furtivo al crimen sin origen.

Pero allí permanece, estático,
navegándolo todo, el insomne, chirriante su
sueño de cazador furtivo,
y el insomne sí lo ve todo con su mirada de marinero en la costa,
con sus ojos de rayos X,
con su triste y lacia verga de *aqualung* de circo *gay*,
con sus brazadas de pez enfermo sobre el oro y la tiña.
Y todo lo ve en lo invisible, a jirones,
un jirón de realidad, un jirón de sueño;
un jirón de deseo, un jirón de cuerpo;
y no puede unir jirón a jirón en la noche de las inmensas
ciudades,
sólo presentir que no es más urbe esta urbe
y sus hijos y las costras lumínicas de sus hijos,
porque aún escucha el entrechocar de los élitros de los grillos,
las mandíbulas de los torvos alacranes
y las antenas y las tres patas isquiáticas
y las metamorfosis de las madres de la culebra
desplazándose por la Naturaleza, por lo que aún en la Tierra
puede ser nombrado como Naturaleza,
por lo que todavía, a parcelas, a jirones,
puede llamarse a inciertas ciencias inhumanas, Naturaleza:
hualles, tilos, araucarias, abedules, avellanos,
(esos árboles de los que paren sin grito atadas las indias o sus
fantasmas; mapuches, selk'nam, onas, yaganes, alacalufes)
y, aún, las gotitas del rocío en sus copas de agua verde
sumergidas en las cenizas fosilizadas
en los 7 mares de su cráneo,
donde resuena como la marea enloquecida
y aparece una vez más el *Nostromo*
y su cargamento de carne molida,
el *Assension* de John Coltrane, mártir del saxo,
entre las abejas aztecas zumbadoras de la muerte;
porque los mitos han atravesado
hace muchos siglos los océanos y los manglares,

las autopistas y las barriadas
y han llegado imperturbables
encarnados en la pura voz extraña de abruptos marineros sajones,
como sedas y corales y pieles y oro y codicia de objeto en objeto,
para las putas de Valparaíso o Talcahuano o Coquimbo,
en sus córneas impregnadas de naufragios y masacres.
Entonces, sólo queda recurrir a la cartografía de la duermevela
y extender el mapa con las manos trémulas
por la angustia del sueño escamoteado desde el confín
e ir clavando alfileres de 40 tristes wattios
en los nombres de las constelaciones
del Hemisferio Austral
entre la declinación —20 y el Polo Sur,
desde los vórtices al centro:
Ofiuco, Capricornio, Acuario, Ballena;
Erídano, Liebre, Can Mayor,
Brújula, Hidra Hembra, Lobo, Escorpión;
Taller del Escultor, Aparato Alquímico;
Paloma, Máquina Neumática, Pez del Sur;
Grulla, Ave de la India, Centauro, Ave Fénix;
Retícula, Quilla del Navío, Reloj, Pintor;
Cruz del Sur, Escuadra, Pavo Real, Camaleón;
Dorada, Mesa, Mosca, Ave del Paraíso;
Triángulo Austral, Octante;
y entonces, ellas, las constelaciones,
sangran y cae esa llovizna de sangre de estrellas sobre la noche
del magnífico y triste Sur del Mundo,
sobre el cráneo desamparado del insomne habitante
y los materiales de la noche:
la tos, la tos, el ahogo mártir,
las aulladoras ambulancias y las funestas confabulaciones,
los desfenestrados impúberes
y las fogatas primitivas de todos los
habitantes de la sudamericana

Tebas, la de las 7 puertas descerrajadas
agolpes de medias coloniales,
de botas militares,
de zapatos de lustroso cuero republicano,
de gamuza democrática,
y el insomne ve esa llovizna de sangre
sobre un continente que no sabe qué hacer con los frutos
podridos de una así llamada modernidad espejeante y difusa,
germinando del puro deseo de asir la Nada y su Corte de los
Milagros,
su Cohorte de los Engaños,
una fruta vaga bullente de miríadas de insectos devoradores
abierta en dos a los ecos clamorosos de los suburbios.
Eso ve el insomne y trata de vislumbrar en las constelaciones
los míticos castigados que sangran, gota a gota,
las nefastas homologías del *funesto alegórico*
que va entregando su pregón: ¡Las 2 han dado y Nada!
Y entonces, el insomne confía en la garra del reloj,
en el tam-tam de un tambor forrado en gasas granates,
o abre *Madame Edwarda* en la página 47 y acaba sin pena ni
semen,
o lee la última página de *El Golem* de Gustav Meyrink,
y se aleja del espejo, del temible gemelo,
se cierra la puerta,
sólo queda temblando la visión del brillante hermafrodita.

# *El falansterio de las abejas*

Una madrugada de plaga de insectos aurificados,
Antonius Block se internó por las inciertas moradas
de sus violentas y espumeantes pesadillas en suspenso.
El lugar era un páramo abierto a ras de cielo,
como una colmena,
en la que en cada celda había una holografía,
alguna más brillante, otra más opaca,
y para descifrarlas tenía que constantemente
girar en el sentido inverso
del Mundo Conocido y por Saber
su rapado y trepanado cráneo de navegante,
de conquistador, de poeta negro, de guerrero insomne.
Se internaba por las callejuelas
de las múltiples ciudades del escorbuto,
que cohabitaban en una orgía indescifrable
con Tebas, la de las 7 puertas giratorias: Babilonia, El Cairo,
Guatemala, San Augustín de Tango,
La Habana, Argel, Groenlandia,
Tenochtitlán, Santa Mónica de los Venados,
Calama, al norte de Chile:
como siempre, en estas ciudades
cohabitaban los andrajosos, los malatos,
niños de Murillo,
mineros de salitreras fantasmas y ferroviarios
en perennes huelgas,
con los Señores de Sombrero Alón,
con los Señores de las Brillantes Charreteras,
con los Trígamos de Sodoma y Gomorra y Santa María,

con Aurelia y Madame Edwarda.
El *Almirante Benbow* se multiplicaba
en andrajosas fachadas, opacas y monótonas,
siempre las mismas, siempre las continuas
cohabitaciones del placer sudoroso de Nada
y charcos de reseda submarina empantanando entre las mesas
con cubiertas de vinil quemadas
por lamparones de cigarrillos, icor, pus,
ambrosía amarga a yodo de ultramar, todas las estancias.
Cuando trataba de buscar la imagen del Padre en los cielos,
sólo se encontraba con antiguos daguerrotipos
de un hombre de barba rala, trémula,
congelada en lo hirsuto del manganeso
que abría el tiempo de las interrogaciones vanas,
pero inevitables, que sonreía
desde una lejana región antártica,
junto a lobos marinos colgando de una factoría abandonada.
O en su lugar, un festón de cuero grasiento,
una puta pelirroja con un trébol marchito
en el seno adusto, y una gota de sudor del más amargo.
O escalinatas de piedra engastada
por los siglos de pies descalzos,
de plantas de pies multiplicadas
que iban dejando tras sí la huella rosácea que los hombres
transfigurados en caracol suelen dejar tras de sí
cuando la Historia no les da tiempo
de calzarse el bototo o la ojota.
Y así, paso a paso, cuando miraba al cielo
para hallar la sonrisa daguerrotipada siquiera del Padre Suyo,
se encontraba cara a cara con los Funestos Señores,
los Doctores en Ciencias de la Muerte,
los Alquimistas del Bosque en Astilla,
Gog y Magog,
la caravana de los 7 *pecados capitales* de Otto Dix,
que más adelante pasaremos a describir,

y a don Manolito y don Estrafalario,
huéspedes de la trena por sospechosos de anarquismo y haberle
echado el mal de ojo a un burro en Alpujarra.
Y al Cantagallo, que estuvo guardado
los mejores años de su vida en la Caja de Seguridad del Mal,
acusado de zoofilia por tirarse
al tapir blanco de su mejor amigo y vecino,
el único ejemplar existente en
Tebas, la de las 7 puertas descuajeringadas,
de estos animalitos en vías de extinción;
cuenta que así pasó los mejores años de su vida
en la maldita sea Caja de Seguridad del Mal,
el hijo incestuoso de la Lala, que en paz descanse,
hecha vieja de cópula en cópula mal pagada
con un trago de murtillado del pleno gollete de la botella,
de no más de 3 segundos atragantados,
la vieja Lala, que ahora se podía dar el lujo
de engurgitarse al seco toda la pensión
de su otra vida de jornalera textil
de La Caupolicán de Chiguayante
en el *Almirante Benbow*;
se teñía de oro castaño sus crenchas con su propio meado.
Y del miserable Manzana,
que se iba de charco en charco en charco de la condicional,
por estar contando en broma, por pura broma nomás,
en el rojo boreal del *Almirante Benbow*,
que era el padre de su nieta.
Y babeante repetía entre las coagulaciones
de la ofrenda alcohólica y la vianda humeante,
fétida a sándalo putrefacto,
la cena de Tántalo de la parrillada:
—"Ahora que torturan a los giles ponen el grito en el cielo,
cuando a uno siempre se la han metido la luma astillada por
el culo,
y cuando más duele es cuando te la sacan,

con pedazos de tripa y sangre y mierda
como un chunchule y te la hacen chupar
hasta que queda limpiecita otra vez..."
Y así continuaba Antonius Block, su derrotero amargo
por las celdas de la inconmensurable colmena,
y volvía a mirar hacia arriba,
a lo estrellado posible en busca de la faz epifánica del Padre,
pero nuevamente se repetían paisajes de infortunio,
la sombra del *Nostromo* y su huella de sangre,
de hambruna, de campanarios coloniales,
de la herencia multiplicada del Cristo Barroco
en su plena morfología del martirio,
de formol y pelleja de sala de espera
de las Aguas Estancadas en los pasillos
del Hospital de la Resurrección de Valladolid,
fuera de las puertas del campo,
donde los perros hablan y son llamados los perros de Mahudes;
o patios descubiertos que daban
a los cerros de Puerto Montt, dc Talcahuano,
de la caleta de San Vicente, de Coronel,
de Valparaíso, de Coquimbo,
cerros donde se aglomeraban
las miserables casuchas de cartón piedra o zinc
de los mineros o pescadores,
con todo su fanal de hechos de sangre,
de quemaduras, de magulladuras y cicatrices en los muros,
de crímenes inconfesos,
de secretas tragedias o historias
como la de La Leprosita sepultada en el tiempo de cera del
Gran Panal, historia que, también, ya será a su debido tiempo
referida.
Pero continuaba Antonius Block avanzando,
como Baudelaire, sin miedo a las visiones,
a las cadavéricas fulguraciones de las holografías,
mientras, poco a poco, comenzaban, en lontananza,

a escucharse algunos zumbidos de abeja,
el entrechocar de los élitros mortuorios
confundidos con el salobre rumor del mar
y todas sus embarcaciones y faros y ahogados
y náufragos y piratas y medusas y peces y más peces
y labradas y pulidas tablas de salvación sin sentido.

# *Desechos alegóricos dictados por la noche*

(Se hace relación de algunas ensoñaciones que padeció Antonius Block al emerger del Falansterio de las Abejas, con el último *graffiti* que había en el falansterio en la memoria, de Joseph Conrad, que decía así: *Después de unos momentos de horrible y absurda agonía decidió ir al encuentro de su destino*, con todo el cuerpo atravesado de lanzetas, que parecía un cenobita, es decir uno de esos malnacidos que eligieron los polos de la tortura y el placer para lograr una adecuada distancia de la humanidad terminando en eso que por su forma y actuar se le denomina "monstruo", mirando todo el entorno que le rodeaba con un nuevo ojo inscrustado en su frente, un nuevo ojo pestilente, un nuevo ojo como llaga, como bóveda, como huesera, un nuevo ojo replegándose desde la córnea a la manera de los pliegues cambiantes en el aspecto y el color del camaleón, según sea el paisaje que transita, páramo, urbe, valle de lágrimas, cementerio en la cumbre de la montaña o de pueblo de asesinos sin condena, cruzado de pelillos rojos que se internaban como ríos de un mapa físico en un libro de geografía escolar del continente sudamericano por sus lagrimales, abierto desmesuradamente, queriendo devorar los 4 puntos cardinales como un oteoscopio deletéreo).

Antonius Block despertó en un sembrado acuoso de esas plantas hidrocarídeas llamadas vallisterias, con el cuerpo empapado de un fétido légamo color celeste, sobre el cual terminaba de aparecer una luna de contornos aristados por los efectos de las nubes y las últimas figuraciones que dejaba el destronado sol, donde desde unas lejanas colinas oxidadas se despeñaba sobre el sembrado acuático el tremolar palpitante de los grillos. Unos

cuajarones de carne abierta y sonrosada aventados por el reciente paso del *Nostromo* latían frescos aún sobre el sembrado. Por la carretera pasaban los automóviles nocturnos rayando el paisaje con sus fríos faros. Antonius Block reconoció la planta y recordó con estremecimiento algo que había leído sobre ella en el libro *La inteligencia de las flores* de Maurice Maeterlinck: "La Vallisteria es una hierba bastante insignificante que no tiene nada de la gracia del Nenúfar o de ciertas cabelleras submarinas. Pero diríase que la naturaleza se ha complacido en poner en ella una hermosa idea. Toda la existencia de la pequeña planta transcurre en el fondo del agua, en una especie de semisueño, hasta la hora nupcial en que aspira a una vida nueva. (Una vida nueva —se dijo Antonius Block— para eso estoy aquí jugando los juegos de guerra de la muerte: para una vida nueva.) Entonces la flor hembra desarrolla lentamente la larga espiral de su pedúnculo, sube, emerge, domina y se abre en la superficie del estanque. De un tronco vecino, las flores masculinas que la vislumbran a través del agua iluminada por el sol (a Antonius Block lo alumbraba una luna aristada), se elevan a su vez, llenas de esperanza, hacia la que se balancea, las espera y las llama en un mundo mágico. Pero a medio camino se sienten bruscamente retenidas; su tallo, manantial de su vida, es demasiado corto; y no alcanzarán jamás la mansión de la luz, la única en que puede realizarse la unión del estambre y el pistilo."

Estaba sumergido en una laguna donde se desarrollaba un pequeñito destino, uno más, entre los múltiples destinos sin aparente sentido que en ese momento se desarrollaban sobre la Tierra, ya fuera bajo las estrellas o bajo las luces de neón.

# *Los 7 pecados capitales de Otto Dix*

Iba con mi sombra por el túnel de materias mixtas que da a
mi palafito
junto al mar,
a ese mar coagulado de una vasta extensión de lodo parduzco
donde sobrenadan peces resecos
y copulan medusas mutantes en los magmas de petróleo,
cuando aparecieron, como todas las noches,
todos juntos
con sus distintos colores;
gris, a la avaricia larga y seca le corría la manteca
y se apoyaba en tres patas ya que la otra era un palo
de basto,
la filuda nariz cortaba el infinito y sus ojos azulinos
miraban siempre más allá de lo abarcable
por si más allá de lo abarcable hubiese una chaucha
que echarle garra;
verde muerte, la envidia venía lánguida montada sobre la
avaricia,
pálida, con sus bigotitos de führer encanecido
frío, exangüe,
porque ya todo lo había desolado;
malva, la lujuria abría sus muslos, Salomé rasca,
cubierta no de tules sino de escamas
de salmón rosado
ofreciendo una enorme teta rebosante
justo junto al túnel negro
y ceniciento abierto en el pecho
de la impiedad agitando su guadaña,

debo reconocer que el pelo de la lujuria tentaba:
más allá, roja, la ira endemoniada miraba la pura nada,
porque todo había sido calcinado por su mirada,
mientras tanto, negra, la soberbia se tiraba un peo
por la morcilla anal de su boca
que sólo ella aguantaba el hedor
con las elefantiásicas aletas de su nariz
pegadas a un estropajo;
colgando de la barra del último metro herrumbroso
que pasa junto a mi palafito,
café, colgaba la gula flatulenta y coronada
con su marmita de barro; adormilada,
atestada de chunchules, trufas, criadillas, prietas y
panas; la soberbia guiñaba sus ojos peo a peo,
y se afirmaba a sí misma con las manitas de enana que le
retoñaban desde las orejas,
la impiedad se cubría las manos con unos guantes
de encaje blancos
y la lujuria saboreaba el furúnculo
de su incomnensurable deseo;
iban todos apretujados, sudorosos, en el último metro,
que pasa por la esquina de mi palafito.
—"¿Cuál te da más miedo?" —me preguntó mi sombra,
mi sombra que me acompañaba.
Yo pensé que tanta miseria no me daba nada,
total ya pronto desaparecerían
y yo subiría peldaño a peldaño mi palafito.
—"Siempre es igual a la hora del último metro."
—Así le dije a mi sombra.
—"Siempre se alejan en silencio, sólo los peos de la soberbia,
que se pierden como los últimos petardos
en las madrugadas del Año Nuevo, calle abajo."
—"Tienes razón —me respondió mi sombra,
mientras se subía el cuello del chambergo."
—"Yo también me los encuentro noche a noche

cuando regreso contigo a nuestro palafito,
pero esa luz mortecina
que le da en el rostro a la verde envidia
montada sobre el Viejo Trapo de Limpieza,
no sé si es miedo o conmiseración el sentimiento que me causa,
porque, fíjate en esos ojos de huevo huero que miran hacia todas
y ninguna parte,
fíjate en esos pelillos de pelo ario arremolinados por la brisa
del mar,
esas orejas albinas llenas de venas rojizas,
y los calzoncillos largos de general sin uniforme,
la mano entre la chistera,
las botas militares,
la vida con que odia esa boca
de auquénido metamorfoseado
bajo los bigotitos garabateados."

# *Los* graffitis *del falansterio de las abejas*

Caverna Postplatónica de neonatos neones cerosos,
Túnel del Amor con catres flotantes
donde cohabitan en macabro connubio
feroces fetos enamorados, copulando desesperados
bajo los cobertores isquiáticos de sus placentas,
Tren Fantasma cubierto de vendajes
que se van desgajando en el hilo de Ariadna
por un laberinto que inhala
por sus poros de esponja marina
al que se adentra por sus médanos abisales,
el Falansterio de las Abejas es recorrido
por Antonius Block con el corazón
de su madre aún palpitante y reluciente en su mano izquierda
y la espada de rayos láser de su padre en la mano derecha:
Antonius Block recorre una a una
sus celdas cerosas en busca del Arte Primero;
quizás intuye que en el Arte Primero,
como en una corte primera,
como en un sueño bajo un sueño,
manso, puede estar su verdadero
nombre impronunciable cernido en alguna figura,
en algunas palabras desparramadas
por los itsmos y los deltas de aquel
paraje de escolleras y fiordos adormecidos.
Fue así como se halló con la primera huella,
que no era de palabras cristianas,
que era un trazo dispuesto
por el cayo espiritual del horror absoluto

al celaje o a alguna expresión de magia simpática,
sobre una de las celdas del panal:

Es un ave, pensó, y está suspendida en pleno vuelo,
sobre un mar inmóvil,
porque el trazo sobre la piedra le impide todo movimiento.
Más arriba, había el sobrerrelieve
de un caracol del pleistoceno,
que podía ser más bien un fósil que un trazado humano.
Un ave inmóvil, pensó. Nada nuevo.
Un caracol, un vástago petrificado del transcurso,
una huella de tiempos perdidos.
Una espera. Un vestigio. Un vástago despreciado
por la Naturaleza. Nada útil.
En otra celda halló un monje,
o más bien una calavera vestida con los andrajos
de lo que en otro tiempo fue un monje.
En sus cuencas aparentemente vacías había un fulgor de
concupiscencia.
"Una mala representación del pecado—se dijo—lo que el tiempo
se encarga de figurarnos como el pecado.
Una herencia, como la sífilis, la alergía o el cáncer.
Un espectro en piedra.
Un sofisma.
Nada nuevo, nuevamente."
Unas cuantas celdas más allá,
habitadas por zánganos mofletudos revolcándose en su propia
miel, halló una inscripción o más bien un *graffiti*,
por el olor se pudo dar cuenta
que esa celda era el mingitorio del panal.
Con los pies empapados en orín y légamo leyó:

*Ni crimen ni castigo, Raskolnikoff;*
*El hacha limpia, sin huellas de sangre,*
*la pura ausencia.*

Sintió el regusto amargo del *peyotl* en su garganta,
la sombra rauda del náhuatl
no oscureció un instante la celda,
el grito de un o una asesinada múltiple
pobló de ecos transitorios el fétido mingitorio
y el orín comenzó a batirse en pequeño oleaje bajo sus botas.
Escuchó la descarga de un pelotón de fusilamiento.
Y el fusilado, antes de morir para siempre, le confesó:
—"Todos los fusiles tienen bala.
Aquí en mi pecho guardo cinco puntas de plomo en estos cinco
agujeros paralelos que ves.
La primera sorprende; la segunda, quema;
la tercera ya va obnubilando tu conciencia;
la cuarta, te deja en la boca un sabor mezcla de pólvora y sangre;
la quinta, definitivamente, te mata.
Ninguna duele.
Pero cada una te va aumentando
un sentimiento como de pena, de lejanía,
de pesar profundo...
ese pesar de profunda melancolía,
que te podría representar como el color gris
después de un instante diáfano a las 4 de la tarde
en un villorio de cualquier punto cardinal,
es la certeza de que te vas... no sé bien adónde,
pero que irremisiblemente te estás yendo,
y huele, a la vez, a durazno y formol,
pero todas estas sensaciones, todos estos conglomerados de
sensaciones puras, pasan rápido,
más rápido que tu propia percepción;
después queda algo en lo que ya está dejando de ser tu
conciencia,
queda algo, te decía, como un nudo ciego y luminoso.
Sólo eso. Un nudo ciego y fosforescente.
No me pidas que te dé noticia del material de ese nudo,
de su extraña luz,
si una cuerda, un cordón umbilical o un transmisor de corriente.

Es lo mismo.
Y ¡fuera cualquier analogía o comparación!
Es la pena reducida a un trozo de materia. Punto. Fuera."
De un momento a otro saldré de aquí,
se iba diciendo Antonius Block,
a medida que se adentraba cada vez más, sin saberlo,
en el falansterio de las abejas,
a medida que, sin notarlo,
sus pasos se hacían torpemente ingrávidos,
y a cada abeja premonitora se sumaba otra,
y el zumbido aumentaba en la indistinción de un concierto
—para un oyente desatento—
que intentando buscar una armonía
en el arpegio que acaba de desvanecerse,
desatiende cuando entra una flauta dulce, un fagot,
así, Antonius Block, desatendía
la entrada de su cuerpo al ámbito de una nueva abeja,
y otra y otra más.
—De un momento a otro veré el resplandor
de los faros de un automóvil al fondo de un túnel,
un juncal ribereño,
la atónita aparición de un rayo del sol
en la cresta detenida de la ola,
un aviso de neón fulgurando
en esos páramos desolados
al borde de las carreteras y saldré de aquí
y se borrarán estas malditas visiones devoradoras de mi tiempo,
aniquiladoras de mi conciencia.
Pero sólo dio con otra inscripción,
otro *graffiti* más pintarrajeado con *spray* azul índigo en un rincón,
¡el sórdido refugio!, en un rincón del aberrante panal decía:

*El caracol percibe el Mundo*
*a mayor velocidad que el hombre*
*y esto compensa su lenta forma de vivir*

*quien vive de prisa*
*ve las formas del Mundo lentamente*
*quien vive lentamente*
*ve pasar el Mundo a mayor velocidad.*

Entonces soñó el más pueril y recurrente de los sueños:
que soñaba: y como ocurre recurrentemente
en ese estado de soñador pueril e insignificante,
cayó en los arenales que socavan ese sitio portentoso del cerebro
donde se desconstruyen las arquitecturas de lo diurno
y habitó en la concha del caracol,
vio por sus antenas coronadas de dos puntitos azabache y
delicados,
y vio, como el caracol veía,
lo que él soñando, interpretaba como figuraciones
del mismo material de la noche.
si la noche es material,
si la noche tiene materiales que la prohíjen como noche;
y vio pasar el mundo a mayor velocidad,
pero no como un hombre vería pasar
el mundo a mayor velocidad,
sino como el caracol soñado
por un hombre vería pasar el mundo a mayor velocidad,
pero como no tenía, como el caracol no tiene,
la capacidad de asombro
que tendría un hombre con la conciencia
de un caracol al ver pasar el mundo a mayor velocidad,
lentamente, es decir, a la velocidad del hombre ya
y no del caracol. Despertó con la triste resignación
que todo lo soñado sólo le serviría
como *algo soñado*,
algo que no puede ser contado sino como un sueño
y después almacenado en las huellas
del subterráneo de su cráneo y como tal, y, de cuando en
cuando,

al cruzar un puente que da a los fantasmas,
al sentir la angustia de las multitudes urbanas,
en cualquier capital del mundo,
Pekín, París, Nueva Delhi, Buenos Aires,
Estocolmo, Santiago de Chile;
o en una noche lóbrega bordeando un estero cenagoso,
o a la deriva, sin riberas, emponzoñado
por la serpiente de un cuento
que leyó con la reiteración del obseso y pálido niño
oculto en la sacristía del colegio de curas,
recordarlo, sólo para asirse
a la fulguración de algo tenue, de una forma diluida,
de una vaga prestidigitación de los sentidos.
Arrastrándose por los vericuetos del colmenar
que cada vez se hacía más angosto,
pegoteado con la miel trigueña y asqueante
a los destellos sin forma de los hologramas,
pálido, rodeado de centinelas,
olvido, profetas bifrontes, furias, máscaras,
neones derretidos, hálito de enfermedades superpuestas de
madrugada en madrugada,
la consumación por consunción,
por cigarrillos y cigarrillos a medio apagar
en un pestilente cenicero de cristal de Bohemia y ecos de
padrenuestros y avemarías sin fe,
y otra y otra abeja zumbadora,
abatido por el desconsuelo de aquellos que presienten
la ruina del espacio que los aherroja;
abatido por el desconsuelo y la amargura
de los hombres con la plena certidumbre
que en el lugar al que han llegado,
sin saber por dónde ni cómo,
no existe la posibilidad del delirio ni del suicidio ni de la locura,
y son ahogadas las orgías de sus corazones
por las divagaciones sin forma acerca del lugar

por el que deambulan;
con el desaliento del liliputense en la tierra de los gigantes
y el sentimiento de apóstata de lo normal del hombre de
estatura mediana en la tierra de los liliputienses;
con el abatimiento de Ismael flotando
en el ataúd salvavidas en el océano suave y fúnebre,
rodeado por tiburones con candados en sus bocas,
por salvajes halcones marinos
volando con sus picos envainados,
halló otra inscripción,
como tallada con un brocal en la cera del oleaginoso panal:

*Amigo,*
*levántate para que oigas aullar*
*al perro asirio.*
*Las tres ninfas del cáncer han estado bailando,*
*hijo mío.*

Junto a la inscripción había, efectivamente, un paisaje
con dos tumbas y un perro asirio.
Un perro asirio.
¿Por qué un perro asirio?, se preguntó.
¿Qué puede hacer aquí, en este lugar del mundo,
un perro asirio en un paisaje con dos tumbas?
Lo cierto, lo único factible
era que las tres ninfas del cáncer habían estado bailando.
Por sobre el piso de rojos ladrillos
estaban desparramadas sus vendas
impregnadas en pus y ambrosía,
sus sostenes tejidos meticulosamente
por los gusanos condenados a la seda.
Sus calzones de rubias impúberes
manchados del amargo erotismo
de las madrugadas del Sur del Mundo.
No cabía duda, en aquel paisaje habían bailado las tres ninfas
del cáncer

y habían dejado las huellas
de sus pies descalzos sobre el polvo rojizo
que cubría las champas sobresalientes de entre los ladrillos
del piso.
Pero, ¿por qué el perro asirio?
Ese miserable perro bíblico, ese perro venido desde Ur,
ese perro septentrional, fluvial,
que se vino nadando a lo perro el tiempo
por el Éufrates y sus afluentes,
ese perro semítico adorador de Assur,
ese perro de pelaje pardo que mea fuego
en un cementerio de automóviles en un cine de su infancia,
ese mastín de los Baskerville de ladridos careados,
ese perro feroz y su jauría de cáncer,
ese perro de matanzas, saqueos, incendios, destrucciones y
deportaciones de pueblos enteros.
La noche cerrada, y ya adentrado el crepúsculo del alba,
en el desolado paisaje con dos tumbas,
aullaba el perro asirio y habían bailado las tres ninfas del
cáncer. Entonces, la tierra que recubría las dos tumbas,
comenzó a removerse con la magra lentitud de la tierra que cubre
lo que jamás ha debido de cubrir,
con la lentitud de la ebullición mesmérica,
de la latencia de milenios...
Entonces, apareció el *Rachel*, errante,
buscando sus hijos perdidos.
Había pasado otra etapa más de los juegos de guerra de la
Muerte.

# *Los sentidos de la épica*

*A Teresa*

Me he propuesto la difícil empresa
de enamorar por el resto de su vida a una sola mujer:
como esos hombres de barbas rojas que perseguían
por el resto de su vida la inconmensurable distancia,
y la teñían de mar,
de cielos explotando,
de crepúsculos bordeando con la Nada y,
al final,
regresaban al punto de partida y el único
sabor en sus bocas, además de la adorable sal,
era la amargura de la certeza de que la tierra
era una redonda y húmeda esfera:

Pero yo me he propuesto la difícil empresa de
enamorar por el resto de su vida a una sola mujer:
Tengo muchos aspectos en mi contra:
los primeros, los más comunes
el transcurso del tiempo, la decrepitud, el cansancio
de la mente y la sinopsis del gusano:
(El temblor de mis manos sobre su cuerpo sólo la estremece)
el segundo, puede ser esa vaga impresión
de desaliento al ver marchitarse las flores amarillas
que tras un largo viaje por el Océano de Cipreses Grises
una vez le regalé:
también está la oscura tentación de descerrajar
los cajones con llave que todos guardamos
en un recóndito ámbito: esos cajones con llave
que tanto bien hacen al amor por su tranquilo misterio,

que invariablemente compartimos, en silencio,
en la noche de insomnios y en la noche de los sueños:
también está el deseo de partir nuevamente,
que es consubstancial
a todo navegante
y yo soy un navegante:
También están mis manías, mis celos y mis insomnios,
y ese gran amor a mí mismo que nunca me deja,
ese atroz enemigo que gruñe, roe, cala, escalda y se
ríe a mis espaldas de mis muecas:
ese atroz enemigo me recuerda, noche a noche,
cuando me subo sobre su cuerpo,
el poema de Malcolm de Chazal:

*Cuídate de amarme demasiado*
*volverías a ti mismo.*
*El amor es redondo.*

Además está Ella Misma, como el mar tan
amado por los navegantes, ese mar que en sus mareas
lo podemos arribar, costa, o morir en Él, altamar;
Pero también tengo algunas cosas a mi favor:
no sé si las menos o las más:
fuera de las rosas amarillas y marchitas,
mis insomnios, la compulsión de la partida,
mis manías, el que sea un navegante, todo eso que ella
ya adora y ama:
la certeza de que la única manera de enamorar
por el resto de su vida
a una mujer
es amando a una sola mujer.

Eso, además de las rosas amarillas y marchitas,
de mis insomnios y la compulsión por la partida,
dado que soy un navegante,

y mis manos temblorosas y mis manías,
y mi cojera, ,
y la tentación de descerrajar sus cajones con llave
y mis propios cajones con llave.

Pero también tengo a mi favor
el hecho que cocino delicioso y que cuando la amo
la persigo por inconmesurables distancias y la tiño
de mares y cielos explotando
de crepúsculos bordeando con la Nada y,
al final,
regresamos al punto de partida
y ahí el único sabor en mi boca es
la adorable sal de su boca:
y sé, que sí, que si regreso a mí mismo,
que si el amor es redondo,
al final de esta húmeda e inconmesurable esfera,
me aguarda ella, la mujer que me he propuesto amar
por el resto
de
mi
vida.

# *La historia de La Leprosita*

*A Salvador Reyes*

Siempre muy borracho, inútil, indigno de compasión
o confianza, con la barba chorreante de coágulos de vino tinto,
en el *Almirante Benbow*, un astroso y sifilítico marinero
escocés, en el que cuesta reconocer
tras la carcaza corroída por la sal del oro sin ley
el rostro de Ronald Silver el Largo,
el ex-antipsiquiatra de la aldea, refiere,
cuando ya nadie puede apoyarse en el malecón
por las ráfagas de viento o limpiarse
de pecados el alma con el manto de las estrellas,
siempre idéntica, tanto en las inflexiones del relato como en los
términos usados, adustos y manchados por la coprolalia,
el relato de La Leprosita.
—Esta es la historia de Ella —dicen que dice— La Leprosita.
Está enterrada bajo la piedra, acá mismo.
Llegó al *Almirante Benbow* hace muchos siglos,
en el *S.S. Achab*, desde Jerusalén o desde Samoa,
una Samoa virtual y afrodisíaca,
antifísica y afásica, pop y puta,
absoluta en su abolengo de colores atónitos y vigilantes;
Jerusalén o Samoa, que creo quedan al otro lado del Mundo,
al Sur, muy al Sur como siempre del atolón de Mururoa,
también falso de falsedad absoluta
en todas las pantallas de TV de
todos los *Almirante Benbow*
de los universos habidos y por haber
puesta ahí para aterrar a los parroquianos por el pavor
del plutonio, hijo de Pluto o Plutón.

Sus padres la usaban para mendigar.
Yo me apiadé de La Leprosita, que se sentía a la distancia,
porque olía a anémona, a coral.
Yo la compré y me casé con ella.
Pero ya venía muerta, muerta absoluta de muerte encefálica,
fálica, declarada cadáver-vasija de órganos
calientes y palpitantes,
por la nueva Concepción de las 2 Muertes
establecida por los Doctores en las Ciencias de la Sepultura
de Harvard, USA, un depósito, un vaciadero municipal de
carne derretida y chorreante,
cual cirio a la deriva de la impiedad
en una gótica catedral sin asunto;
la vasija del cuento de *Las mil y una noches*
para sacar trocitos de cuerpo a cien,
la Casa de Dios hecha mediagua del Diablo:
Pero ya venía muerta, como lo he previamente referido,
para que se tenga noticia y no haya engaño
en ápice alguno de lo narrado;
ya venía muerta de alguna de las 2 muertes,
envuelta en la Franja de Gaza,
envuelta en las franjas de terciopelo verde
o del poco musgo que va quedando
sobre los muros calcáreos,
de ese fácil verde propio de la corrupción,
pero que ahora cambia su sentido;
como dije, ya venía muerta de alguna de las 2 muertes,
envuelta en los vendajes del cortinón
que se cierra después de la vida.
Pero ahora este cortinón debía cerrarse dos veces,
como esperando el bis del público asistente
a la magra función de la vida y todas sus acotaciones.
¿Pero qué color tendría la muerte, ahora que eran 2?
Antes, estaba claro, cuando era sólo una la muerte.
Negro. Negro y se acabó.

Pero ahora que la muerte son 2
se torna complicado el asunto de su color.
Ahora la muerte ha doblado su color
ostentado por milenios de incertidumbre,
ya que la única certeza que habíamos de ella era su color.
Pero ahora no.
Ahora al negro, la muerte que es 2, ha sumado otro color.
¿Cuál?
¿El verde dirán ustedes,
hermanitos *tremens*, que escuchan mi arenga nupcial,
el verde de bosque umbrío y bullente
del tránsito irrevocable a no sabemos dónde?
¿El verde pálido cadavérico del claro del mismo bosque?
No. Demasiado fácil. *It's very easy, brothers*;
*very easy*, lángur, cinocéfalos heridos de muerte lenta,
perros de Mahudes, gorilas albinos,
pitecantropus erectos con ayuda de la mano,
monos poto colorado, *very easy*,
para tratarse de cosa tan diaria como la Muerte.
Porque esto no queda aquí no más,
en el asunto de los 2 nuevos colores de la Muerte.
¿Y los ríos?
¿Cuántos ríos ahora?
¿Y los mares, cuántos mares ahora serán los morires?
Porque el asunto del 2 en la muerte
trasunta la cuestión en crecimiento geométrico.
No cabe duda.
Y si cabe duda, mejor aún.
Por el momento olvidémonos de los ríos
y los mares en crecimiento geométrico.
Y sobre el otro color de la otra muerte,
lamento tener que guardar un oquedal y mustio
silencio sobre el asunto.
Por ahora el color de la muerte 2 descubierta
por los Doctores en las Ciencias de los Grandes Cementerios

bajo la Luna y el Sol de Harvard, USA,
queda en absoluto suspenso.
Una sola certeza. No está en el arco iris.
Otra: tampoco en un crisol precolombino.
Sólo espero, y jadeo estos cuajarones acústicos
con franca pasión y convencimiento,
que nos toquen estas 2 muertes a todos por igual,
al Este y al Oeste; al Norte y al azul de Samoa o de Tebas,
la de las 7 transidas puertas,
cuyo centro de energía
en la nueva Era del Risostoma Pulmón
radica aquí, en esta mesa azumagada
y rezumante del peor pipeño bigoteado
del *Almirante Benbow*.
Porque pese a todo, al respecto,
sólo cabría agregar, una vez más,
para que se grabe en sus achurrascados cerebros como vastos
camposantos de inocentes neuronas:

*De aquel terrible paisaje*
*como jamás nadie ha visto,*
*la imaginen, vaga y lejana...*

Pero volvamos a la historia de La Leprosita.
Cuando murió por segunda vez, ya casi no le quedaba carne.
Pero sus huesos eran albos, como alabastro.
Yo le pulía los huesos con este pañuelo,
que es nada menos que el pañuelo de seda
con que se quitó la mala vida Kirilov.
Tocar esos huesos pulidos y brillantes
era más perturbador que acariciar cualquier piel,
ya de ébano, ya de alabastro.
Al final tenía los puros ojos azules, al fondo de sus cuencas,
como cavernas oceánicas.
Y olía a anémona y olía a coral.

Había llegado del Este, de la India o Jerusalén,
que del Este no vienen sabiduría ni especias,
sino la lepra y la malaria.
Había llegado huyendo del proyecto Genoma Humano,
de la certeza absoluta de las 2 nuevas muertes.
Llegó a la hora del mediodía por un río,
donde ahora está poblada la Villa Rica de la Veracruz,
donde desembarcan las barcas
con mercaderías que vienen de Castilla;
porque en aquel tiempo estaban pobladas
junto al río unas casas de indios y arboledas;
y como en aquella tierra hace grandísimo sol,
reposamos allí, como dicho tengo,
porque traíamos nuestras armas y picas.
Y dejemos ahora de más caminar,
y volvamos a la historia de La Leprosita.
Me gustaba meterle la lengua
hasta el fondo de sus orejas descarnadas
y narrarle mis historias de ultramar, de exilios y matanzas.
Yo mismo la enterré aquí, debajo de la roca viva.
Y le erigí este altar.
Y ahora, sólo cabe agregar, una vez más,
para que se les grabe en sus achurrascados cerebros como
vastos camposantos de inocentes neuronas:

*Ya no esperaré más*
*el placer se ha alejado como um rito*
*hacia el estanque atormentado*
*donde los juncos marchitos se pudren.*

Entonces, el marinero escocés,
que no es otro que Ronald Silver el Largo,
el ex-antipsiquiatra de la aldea dañado por su propia salsa,
indigno, borracho, con la barba coagulada de vino tinto,
indicaba con la garfia de su índice izquierdo,

dado que no tiene brazo derecho,
una especie de ermita abierta
en la misma piedra que sirve
de muro al fondo del *Almirante Benbow*:
es grande, tanto, que una niña de 12 años cabría en ella.
Una reja tamizada de óxido la clausura,
pero si el observador se acerca,
puede ver dentro una especie de Altar Mayor,
fabricado también con la misma piedra viva,
rodeado de botellas de vino polvorientas,
que asemejan palmatórias de cristal azumagado
y unos cabos de velas negras.
El Altar Mayor lo ocupa una muñeca de loza,
descascarada por el tiempo y el tacto.
Esta muñeca es una réplica exacta
de la Magdalena penitente de Pedro de Mena,
originalmente tallada en cedro, de tamaño casi natural.
Su mirada es una súplica infinita
dirigida al Cristo que yace en una cruz
que sostiene en su mano izquierda,
en tanto la derecha está posada
sobre su larga cabellera ondulada
que recubre la delgada tela de su túnica
que, a su vez, cubre la piel que tapiza su Sagrado Corazón.
Pero la muñeca de loza está desnuda;
le falta un brazo, el que sostenía la cruz
y el Cristo, y en el pubis tiene pintado
un vello rizado, rojo y abundante, con lápiz de cera.
Después de referir la historia de La Leprosita,
el marinero escocés, que no es otro que Ronald Silver el Largo,
el ex-antipsiquiatra de la aldea,
cocinado en su propia tinta de calamar abisal,
borracho a más no poder, en el umbral del vómito,
gruñe una letanía ininteligible y tira los dados
con un cacho grasiento

sobre la mesa de tablas tumefactas, y, el azar, inamovible,
allá afuera del *Almirante Benbow*, queda aullando
por los siglos y los siglos,
confundido con la furia del viento y del mar.

# *La oquedad del deseo en la soledad de altamar*

Todo navegante debe llevar día a día su carta,
noche a noche su carta, para trazar en ella los signos de la muerte
que va grabando el mar, cada pleamar, cada tifón o maelstrón
magníficos,
cada destello en la cresta de una ola o el vuelo multicolor e
impreciso de un pez volador,
cada islote perdido, cada ensenada o brazo de río que asome
entre la fronda extraviada:

*Esos gigantes buitres alrededor de tu cabeza*
*Con sus agobiadoras pesadillas entenebrecen tus ojos*
*Pero se eleva un pájaro descolorido en nuestros cielos*
*Y su grito destruye el abrazo de las tempestades*
*Por sobre el Océano, los Andes y el olvido*
*Avanza más rápido en el pliegue de los vientos que la esperanza*

Escribió Breton.

*La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos: a cada uno llegó por su cabo sin esperanzas, salvo de muerte; cada uno de ellos tenía por cierto que los otros eran perdidos. ¿Quién nació, sin quitar a Job, que no muriera desesperado?, ¿qué por mi salvación y de mi fijo, hermano y amigos me fuera en tal tiempo defendiendo la tierra y puertos por voluntad de Dios, gané a España sudando sangre?*

Escribió el Almirante.

Y mi carta son los sargazos de tu sexo enredados en la quilla que
corta ola tras ola la desesperanza de una mar fecha sangre,

la distancia amarga del pensamiento en tu sexo simplificado
el corazón,
tu recuerdo de mujer única como una línea de tierra verde
espejeando el horizonte vacío,
en el deseo varado en los hemisferios de mi mente.
Esas guedejas húmedas, putrefactas, fétidas y amables,
las que no define el diccionario de la mar océana
son pequeños tentáculos sobre rocas recubiertas de musgo,
que no es precisamente musgo,
sino resabios impalpables de tu pubis.
Ya nada busco en esta mar fecha sangre,
sino la sal de tu cuerpo lejano al cual sé que algún día
arribaré, porque ya está comprobado,
aunque por afirmarlo me chamusquen en la hoguera,
que todo esto es una esfera,
una ventral, fétida y húmeda esfera,
igualita a la del delirante Martin Behaim y más,
cuyo pezón es el Paraíso Terrenal
y el Paraíso Terrenal es tu cuerpo y todo lo demás es engaño.
Que la mar se crea que es a ella
a quien saboreo con el ápice de mi lengua,
que crea que yo creo que sus mareas son meneos de hembra,
allá ella, yo no he engañado a nadie,
una ola penetra a otra
y yo te penetro a ti, la única, en la imaginación, salina, lenta.

# *Los huevos de los pájaros de Braque*

*Navegan ya sin luces, cuando descendió sobre*
*ellos la sordera de los dioses...*

SAINT JOHN PERSE

Siempre te atesoré bajo mi lengua.
En esta mar fecha sangre, siempre te atesoré bajo mi lengua.
Después te transfiguraba en tres huevos de los pájaros de Braque
a los que inoculaba la peste del deseo,
sólo los huevos de los pájaros de Braque referidos por Saint John Perse; sólo esa especie de ave
que sobrevivirá mas allá en el mar el fin del espacio,
*no "las grullas temblorosas" de Maldoror,*
*ni el gran pájaro blanco en el cielo desfalleciente de Arthur*
*Gordon Pym,*
*ni el Albatros de Baudelaire ni el pájaro supliciado de Coleridge,*
sólo los huevos envenenados de los pájaros de Braque con
la peste del amor,
la peste de las ganas,
la peste de los ensueños absolutos;
sólo los pájaros de Braque:
"Inalusivos y puros de toda memoria, siguen su propio destino, más inquietante que ningún vuelo de cisnes negros en el horizonte de los mares australes. La inocencia es su edad. Arriesgan su suerte junto al hombre. Y se elevan al sueño en la misma noche que el hombre."
Hay que ver cómo van poniendo sus huevos,
una vez inoculados con las tres pestes ya dichas,
parece que el mismo demonio se estuviera gestando dentro,
se cristalizaban sus cáscaras,
son neón puro, rojo, ardiente,
huelen a tumba abierta, a plesiosaurio, a firmamento, a pulpo,

a reseda;
cada vez que tocamos tierra
dejo tres de esos huevos del demonio escondidos bajo la blanca
arena,
entre las briznas o los roqueríos,
en la turbulencia de las acequias,
en las mediaguas de la muerte,
en las vulvas putrefactas de las putas, de las indias de bronce
asesinadas a mansalva
que aparecen en las madrugadas
tiradas sin alma ni pena ni betún de judea sobre el asfalto cruel,
en charcos de sangre sucesivos hacia las últimas calles destas
islas
cuando los letreros de neón se van apagando
uno a uno
y las casas de putas que cubren el horizonte de los míseros
puertos
de Tebas, la de las 7 puertas dislocadas,
se apagan como kuásares amortajados.
Así voy sembrando, isla a isla, los huevos de los pájaros de
Braque
("Su vuelo es conocimiento, el espacio es su alineación")
por tu cuerpo ya putrefacto en una tumba de otras tierras,
pero palpitante y caliente en la torva carta de mi imaginación.

# *Diálogo de Antonius Block, cuando ya está todo perdido, cara a cara con la muerte*

Cuando lavaba mis manos de la jornada,
en la palangana de agua y sangre,
pensaba en ti, configuración difusa y difamante.
Todo es confuso, el Paraíso Terrenal ya no es un pezón,
sino una ubre de vaca vieja
y los cadáveres se arremolinan sobre las calles.
Son duros de matar,
así como tan tranquilos en la paz,
tan duros son de matar;
no basta un corte en el estómago
ni un golpe de espada en el cráneo,
que siguen de pie,
como muertos-vivos de Romero,
mirándote con los ojos vaciados
y echándose nuevamente con ambas manos las vísceras al
cuerpo
de donde nunca hubieron de salir;
así hay que golpearlos a espada por todas partes de sus cuerpos,
hasta separarlas sobre el asfalto
y arrancarles los ojos a punta de espada
y los dientes y las muelas a punta de pie;
después hundir la punta de las estacas en pleno corazón
y con un movimiento circular
arrancar la víscera humeante de sus cuerpos.
Es horrible de hacer y de ver.
Pero de no cerciorarse que ese u otro vital órgano
como el cerebro hayan salido completamente de sus cuerpos,

pueden volver a ponerse de pie
y destrozar nuestros cristianos cuerpos
con sus feroces dentaduras.
No gritan al morir,
caen en el más atroz de los silencios.
Yo, a veces, por piedad, con estas mismas botas con que puse
por primera vez pie en estas tierras como pezón de perrita virgen
les echo barro en las laceraciones,
ya no sé si para restañar las heridas de sus cuerpos
o para restañar las heridas de mi mente.
Así, cuando lavaba mis manos de la jodida jornada,
al fondo de la palangana veía formas
confusas configuraciones,
manchas en una magra pantalla,
difusos cascos de caballos que,
*in rallenti*, pisotean cráneos,
no de indios,
tampoco de cristianos,
sólo cascos de caballos
que pisotean cráneos.
Pero no lo merecíamos.
Porque el castigo en el primer día de la Creación
en Santa Mónica de los Venados
en los sellos de follaje y salamandras que recubren
el retorno de los pasos perdidos
los dominios y noticias del Hades
con el broquel de sus puertas vigiladas
por Ctesifone, la Furia o la Casulla de destrucción del Golem
eran una idea extraña nuestros cuerpos.
Porque el castigo no es cosa deste mundo.
Porque el castigo es una puta odiosa,
que nos enmierdó
con la peor mentira: la culpa.
La última etapa de los
juegos de guerra de la muerte.

# *Del destino de Antonius Block, Almirante de esta misión, referido por él mismo*

Mi destino está varado en la bola de cristal deste puto cubo
con la forma extraña de un continente
que va adelgazando su configuración hacia lo blanco,
ese antártico blanco que enamoró a mi padre.
Mi destino me lo mamaré solito,
fétido, borracho y sin alma,
aventando de isla en isla huevos de pájaros de Braque,
huevos de pájaros de Braque inoculados
con la peste del deseo,
con la peste de las ganas,
con la peste de los sueños,
que empollarán cascadas de
ratas armónicas que se desparramarán
por los corredores del cerebro de Torquemada,
de Francisco de Bobadilla,
del obispo Landa,
de Fantomas, el Señor de Rais,
de todos los verdugos destas tierras,
esos brontosaurios de acequia
que me tiraron como mierda encima
sus siglos de puta mayéutica,
mientras me rapaban y me incrustaban
voces, palabrejas, ecos falsos
en los hoyos de las orejas,
y me ponen esta peluca rubia
y este vestido blanco,
mientras me susurraban babeantes

en los hoyos de las orejas, *Belle de Jour*,
y me tiran más pelotones de mierda,
y Dios no es otro que Buñuel en su silla plegable
plantada en una calcárea superficie de Tebas, la de las 7 puertas,
clausuradas a mí para siempre.

# The end

*Sin seguridad ni asombro, el fin*

JIM MORRISON

Me habían dejado sobrevivir para que lo narrara,
para que se revolvieran los huesos de los muertos en la fosa
común,
para tirarle lengua a las brujas,
para darle forma a este mapa de sueños absolutos,
de configuraciones falsas,
de telones de sangre que cubren el escenario,
de garúa de trocitos de cuerpo cayendo lentos,
para que desparramara estas babas acústicas sobre ustedes
inocentes espectadores de cera
apoltronados con sus culos de neón
en estas butacas de hígados reventados
en el peor cine sudamericano
maquillados de ácido
exudando gas ziklón por los poros, fétidos,
macrocéfalos,
invertebrados,
masas protoplasmáticas multicelulares,
malditos ojos de *trolls* fétidos a oro y plata,
a miedo y terror,
reyes del País de la Peste,
del Continente de la Negra,
del *Nostromo* perdiéndose hacia la tumba del cielo tras su
reguero de caracol amputado,
donde ya ahora no queda ciudad bajo ciudad que fundar,
y yo, Antonius Block, Almirante de esta misión,
regreso una y otra vez
al vacío fétido del que nunca debí asomar

envuelto en kuásares y mortajas
con mi corona de lombardo de cartón piedra,
con todas las indias de bronce siguiéndome tomadas de sus
manos
alejándose rumbo a los falansterios de Salem,
mientras la lluvia cae sobre sus rostros, destiñéndolas,
despoblándole el color de la piel hasta lo translúcido
lavándoles la sal de las lágrimas de sus mejillas calcinadas
en esta noche de Walpurgis
en cámara lenta en la pantalla del espanto,
como el Golem,
masticando este chicle con sabor a pescado crudo
con el nombre numérico impronunciable de Yahvé
pegado debajo de mi paladar blando
que por más y más que trato
no logro escupir sobre los adoquines de Tebas, la de las 7
puertas,
para dejarlo como un cuajarón de sangre
como la única analogía absoluta que puede imaginar
mi ya abotagada mente
en este Reyno de Sudamérica
en tránsito irrevocable hacia el baldío
donde no se pondrá jamás el sol
porque nunca ha habido, aquí, sol,
sólo efectos especiales,
miserables efectos especiales y lamparillas
de 40 wattios envueltas en celofán rojo y revenido.
Ahora que alguien diga no, que me equivoco,
ahora que alguien diga que mis palabras vencidas son sofisma,
que mis imágenes, estalactitas y estalacmitas
chorreantes de sombras
en la caverna,
oráculos de un filme dirigido por Roman Polanski,
graznidos de la Ctesifone, la espantosa Furia insuficiente señora
y abogada tuerta, eah pues,

que mi voz malparida es una caravana de enanos
internándose por una avenida plantada de cadáveres que
oxidan
al hálito de los espectros,
sin semáforos para detenerse a jadear, respirar;
ahora que alguien diga que esto ya lo dije en otra crónica,
que crónica a crónica reitero la forma de lo inasible
sin lograr hacer apenas un hueco en la ontología de los mares,
un soplo al ojo corazón,
pero yo insistiré en mis crónicas
para instalar una flor carnívora
en los apagados cerebros de mis prójimos;
puede hacerlo el mejor o el peor nacido de la Metrópolis
y sus palabras serán sólo un magro eco que se irá apagando como
los fuegos fatuos en los cementerios
de 4 los puntos cardinales de Tebas, la de las 7 puertas hastiadas,
el Este, el Oeste, el Norte y el azul;
nada podrá contra lo ya hecho,
contra los Arrecifes de Corales Grises,
contra la Cordillera Roja,
contra el Lago Inmóvil de Espejo de Arándanos,
contra los sargazos del Mar de Alcohol Puro;
un giro inesperado del telón me trajo de vuelta acá,
a este nuevo tinglado adonde nunca debí venir;
pero los giros del telón pertenecen a las formas de lo inasible,
a los tránsitos por la metafísica de los recovecos,
a la vuelta de tuerca de los ojos de los muertos y
nada se puede contra sus designios;
sólo por eso estoy aquí, en carena, sin una pizca de preciosa sal
para adorar,
con mi cola de lagarto apenas oculta bajo el sayal,
eyaculando sin parar por mi tetafalo,
sobre esta meseta rocosa
donde se construyeron los más septentrionales
de los cementerios reales,

a 450 pies de altura,
gimiéndole a la luna para que apague su foco,
y poco a poco las abejas van rodeándome,
poco a poco siento sus patitas cosquillearme
los párpados cuando los cierro,
sin deseos ni motivos para secularizar su zumbido,
cómo secularizar su zumbido si proviene del misterio,
si alado se vino hacia mi cuerpo desde las otras magníficas
pirámides,
desde las otras magníficas selvas,
desde los otros magníficos pueblos
que nos sonríen desde el más allá, taciturnos.
A lo lejos, muy lejos, aún se escucha *Assension* de John
Coltrane.
Las notas se van vagando desde
el origen del saxo al sueño del sexo.
Desde esta meseta puedo verlo todo,
se abre el arco iris de los tres misterios
y se avecina el mar calando hasta los huesos de la forma,
y el azogue se hace leche en el tercer misterio,
aprontando una superficie
opaca que no logra reflejo a pesar
de las luces de *boîte* con que lo han orlado para que contemple
con los ojos del alma, que eso es,
hermanitos, que me malescuchan,
contemplar lo que hay tras la máscara bifronte.
Hijo, tú que perteneces
también al primer misterio, escucha,
ahora te hablo con esta voz gutural
desde otra de mis máscaras, Skywokher, y mi voz te llega
desde *La guerra de las galaxias*,
por sus formas negras tras la celosía del aparente mal.
Y así tampoco podré ver lo que somos
porque se ha empañado la superficie del espejo,
a pesar del tránsito desaforado de estrellas por la tapa del cielo

sin semáforos en rojo para su despliegue hacia el infinito,
a pesar de las edades que se suceden
de metales en metales arbitrarios,
oro, plata, hierro, latón, entraña, cal, ónix, betún de Judea;
a pesar de las formas de la épica
que de época en época
transita a costa de los cuerpos y la sangre de los pueblos,
ungiendo la gloria en los árboles
esposados calcinados sumergidos
haciendo transparentes las ciudades hasta el *phantom* sin ley
ni entrañas palpitantes.
Y llega la hora de volver a la poesía
donde pronuncies tu nombre sin miedo, aunque en vano sea.
A pesar de los espejos giratorios,
de los raídos telones,
de las celadas polvorientas que se abren
en cada callejón sin salida,
de las lúgubres pantallas de viejas cines que nos succionan
con la fuerza terrible del maelstrón.
Llegó el momento de encararse cara a cara
con el último deseo de Baudelaire;
y frente a ese hermoso lucero sangriento,
frente a ese claqueteo de múltiples calaveras refractarias,
oír el silencio que se va con sus labios estragados,
porque los últimos deseos anidan
en los corazones ya sin sístoles ni diástoles
arrugados bajo paladas y paladas de tierra
contra las cuales nada pueden las palabras.
Ésa es la fenomenología del juego.
Nadie pasa de la etapa donde aguarda el Arcano Mayor.
(¿La Caída, El Colgado?)
Y ya no quedan fichas de oro en los bolsillos
para introducirle a la máquina de video que se pudre en
un sórdido rincón como un infernal rinoceronte en latencia.
Una cadena de hierro enmohecido ata

los mondos huesos de mi tobillo
a esta cama del Hospital de la Resurrección
que se alza a la luz más azul
con que puede envolvernos la luna con todas
nuestras angustias, nuestros miedos, nuestros anhelos dentro,
y en sus pasillos tapizados de gasas y mortajas
nos vamos reduciendo al reino mineral ya sin juicio,
como si fuese la Abadía de Carfax, otro cementerio más
para los Grandes Cementerios Bajo la Luna.
Treblinka, Baden-Baden, Auschwitz.
La vida es sueño.
Que el Misterio regrese al Misterio.
Amigos míos que me malescuchan
por el zumbido de las abejas milenarias que me envuelven del
más al menos,
del 7 hermano al 0 absoluto,
conciudadanos,
amada,
madre,
padre,
hijos,
si alguno de ustedes puede,
que dé otra vuelta a la tuerca,
al pañuelo de seda de Kirilov.

# *Epílogo*

Desde aquí, la butaca, se divisa un gran panorama en la pantalla.
Es en blanco y negro.
Colinas, bosques, llanuras y mar,
todo en blanco y negro,
y la luz del sol que reverbera sobre el mar, reluciente.
Todo en blanco y negro.
Un pájaro solitario canta en la lejanía.
Después de la tormenta, caen las últimas gotas de los árboles.
Y una suave brisa que proviene del mar.
Las nubes sombrías se alejan sobre el horizonte,
mientras el sol extrae del mar
brillantes agujas de plata.
Todo en blanco y negro.
Y sobre el horizonte, hacia un costado de la pantalla,
se van alejando todos los personajes que fueron convocados
por la ficción de la luz, por la ilusión del movimiento.
Al frente de ellos marcha la Muerte con su guadaña
y su reloj de arena.
Se alejan, poco a poco, hacia la oscuridad.
La lluvia cae sobre sus rostros,
lavando la sal de las lágrimas de sus mejillas.
En blanco y negro.
Afuera, en la calle anochecida, los charcos de lluvia
se van constelando de neones, multicolores,
palpitantes, palpitantes, palpitantes.

El drama ha terminado. ¿Por qué todavía un paso más?
Porque uno sobrevivió a la catástrofe.

H. Melville

Y YO CONTINUARÉ AQUÍ
CON MIS MANOS LLENAS DE HUESOS
OYENDO ZUMBAR LAS ABEJAS
QUIZÁS PORQUE NO ME HA LLEGADO LA HORA
O PORQUE AÚN ME QUEDA ALGO POR HACER
EN TEBAS, LA DE LAS 7 PUERTAS
Y SUS INCÓGNITAS,
PERO NO SÉ LO QUE ES

# ÍNDICE


Los sentidos de la épica 9

Zumbido de abejas 13

Yo soy el Almirante Antonius Block quien les habla 25

El sermón
(Melville) 27

Las formas del conocimiento 36

El arribo a la ciudad sumergida 38

El grabado de Dore del castillo de popa del *S.S. Achab* 40

Cuando las aguas comenzaron a retirarse 42

Contemplación de una caída de agua 43

¿Dónde está lo real? 46

El primer sentimiento de esta crónica 48

Antonius Block piensa en Achab 50

La figura vestida de magenta 51

El desafío 53

El caballero y la muerte se inclinan sobre el tablero de video 55

El *video game* de la muerte
(siempre, en alguna parte de la calle, la esperanza) 57

Fenomenología del juego I 59

Fenomenología del juego II 60

A la hora de la pleamar 61

Los 7 malatos I 63

Los 7 malatos II 65

Los 7 malatos III 66

Los 7 gorilas albinos 67

El pañuelo de seda de Kirilov 69

De cómo fueron derrotados los 7 gorilas albinos 71
Discurso del Mariscal de Campo Alonso González de Nájera 73
De cómo enloqueció el Mariscal de Campo González de Nájera 75
La fuente de la doncella 77
*No woman no cry* 79
De cómo fue castigado el Mariscal de Campo Alonso González de Nájera 82
De cómo fue hecho prisionero Alvar Nuño Cabeza de Vaca cuando iba a la caza de 7 tapires y 7 rinocerontes entre machos y hembras para saciar el hambre de la guerra con los necesarios terrestres alimentos 83
Fragmento de la crónica que dejara Alvar Nuño Cabeza de Vaca antes de huir con 7 indias de bronce con las cuales amancebose y tuvo 7 crías quedando así en condición de bárbaro blanco al medio de la nada y el todo 85
Los reflejos disecados sobre el manglar (Noche de brujas) 87
Alvar Nuño Cabeza de Vaca está encerrado en un cubo de hielo 90
Los mecanismos de la persuasión 92
Mensajes 94
*The man in the dark* 96
La escena del crimen 97
Los sentidos de la representación I (Bergman) 99
Los sentidos de la representación II (Bergman) 100
El dios del miedo I 101
El dios del miedo II 102
El dios del miedo III 104
Las intercambiables, múltiples formas del miedo 105

*M, el vampiro de Düsseldorf*
(Villon) 106

Antonius Block, Almirante desta misión, bajo los efectos del gas del miedo, pregunta por su condición 107

Tres fábulas narradas por la muerte 108
I 108
II 109
III. *Aliens* 110
1. Morfología del monstruo 110
2. La nave 110
3. 112

La bruja I 114

La bruja II 115

La bruja III 116

Al momento de calarse las armaduras de combate no se sabe contra quién se va a pelear 118

Primer nocturno en Tebas, la de las 7 puertas (Melodía fúnebre) 120

Segundo nocturno en Tebas, la de las 7 puertas 127

El falansterio de las abejas 132

Desechos alegóricos dictados por la noche 137

Los 7 pecados capitales de Otto Dix 139

Los *graffitis* del falansterio de las abejas 142

Los sentidos de la épica 150

La historia de La Leprosita 153

La oquedad del deseo en la soledad de altamar 160

Los huevos de los pájaros de Braque 162

Diálogo de Antonius Block, cuando ya está todo perdido, cara a cara con la muerte 164

Del destino de Antonius Block, Almirante de esta misión, referido por él mismo 166

*The end* 168

Epílogo 174

*Crónicas maravillosas*, de Tomás Harris, se terminó de imprimir en el mes de enero de 1997 en los talleres de Lito Camargo Ltda., Santafé de Bogotá, D.C., Colombia.

Tomás Harris (La Serena, Chile, 1956). Es profesor de literatura y ha dado clases en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y en el Instituto ARCOS. Actualmente se desempeña como profesor de Redacción Periodística en la Universidad de Santiago, cumple funciones de Investigador en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile y dirige un taller de cuento. Ha participado en encuentros literarios en distintos países y su obra aparece traducida al inglés y al sueco. En 1993 obtuvo el Premio Municipal de Poesía por su obra *Cipango*, y el Premio del Consejo del Libro y la Lectura, categoría inédito, por su libro *Los 7 náufragos*. En 1995, recibe el Premio Pablo Neruda.

Ha publicado siete libros de poesía: *Zonas de peligro* (1985); *Diario de navegación* (1986); *El último viaje* (1987); *Alguien que sueña, Madame* (1988); *Cipango* (1992); *Noche de brujas y otros hechos de sangre* (1993); *Los 7 náufragos* (1995) y es autor de un libro de cuentos, *Historia personal del miedo* (1994).

## Jurado/96

Juan Bañuelos (México)
Leónidas Lamborghini (Argentina)
Javier Lasarte (Venezuela)
Rigoberto Paredes (Honduras)
Emilio García Montiel (Cuba)

ISBN 959-04-0040-X

Colcultura

cas